

Hacer la Voluntad de Dios
—Un camino de conversión—

Raúl Avalos Rios

Dedicatoria:
A la Iglesia, esposa de Cristo

Índice

| | |
|---|----|
| Introducción | 5 |
| Capítulo 1: El que haga la voluntad de mi Padre celestial | 6 |
| Capítulo 2: La entrega de Dios hacia nosotros | 8 |
| Capítulo 3: La entrega total de nosotros a Dios | 11 |
| La conversión | 11 |
| La gracia de Dios | 12 |
| La cristificación | 18 |
| Capítulo 4: Haced lo que él os diga | 21 |
| Los dos aspectos de hacer la Voluntad de Dios | 23 |
| Cómo conocer la Voluntad de Dios | 30 |
| Oración | 30 |
| La Palabra de Dios | 34 |
| Las circunstancias de la vida | 35 |
| Uniendo el rompecabezas | 35 |
| La Fe | 36 |
| El camino de la unidad de voluntades | 39 |
| El gozo de la conversión y de hacer la voluntad de Dios | 42 |
| La salvación de las almas | 43 |

Introducción

1. Esta es una pequeña obra orientada a ayudar a las personas a crecer en su espiritualidad; centrada sobre todo en el aspecto fundamental que es *hacer la voluntad de Dios*:

"No todo el que me diga: "Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que *haga la voluntad* de mi Padre celestial." (Mateo 7:21).

2. Pero hacer la voluntad de Dios implica una renovación total de nuestro ser —que incluye también nuestra mente—:

"Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto." (Romanos 12, 2).

3. Una *mente renovada* en Cristo puede *distinguir cuál es la voluntad de Dios*; para luego vivir de acuerdo a esa Voluntad y todo nuestro ser se transforme en una nueva criatura en Cristo:

"Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo." (2 Corintios 5, 17).

4. Esta renovación requiere una *conversión*, como decía el querido San Juan Pablo II:

"...la «conversión», tema fundamental de la vida cristiana." (Juan Pablo II, *ángelus*, Domingo 24 de enero de 1993).

5. Como se ve, Juan Pablo II dice que la conversión es un tema *fundamental* de la vida cristiana. Y por tanto a la formación sistemática de la fe o catequesis debe preceder el "anuncio primero del Evangelio que ha suscitado la *conversión*... Es decir que la «catequesis» debe a menudo preocuparse, no sólo de alimentar y enseñar la fe, sino de suscitarla continuamente con la ayuda de la gracia, de abrir el corazón, *de convertir*, de preparar una *adhesión* global a Jesucristo" (Juan Pablo II, exhortación apostólica: la Catequesis en nuestro tiempo, n. 19).

6. Sobre el tema de la Voluntad de Dios existen dos cuestiones: una *pasiva* y otra *activa*. La pasiva es aceptar —incluso con amor— lo que Dios permita en nuestra vida, incluso las adversidades, penas y sufrimientos. Esto está enfocado a la *resignación* a la Voluntad de Dios. Sobre este tema ya se ha escrito a lo largo de la historia de la Iglesia; un buen libro por ejemplo, muy recomendable, es "La Conformidad con la Voluntad de Dios" de San Alfonso María de Liguori.

7. La parte activa es *decidir*, *actuar* lo que Dios quiere que decidamos y hagamos en nuestra vida. A esta parte activa es a la que se enfoca este libro. Nosotros tenemos que esforzarnos tanto para aceptar con amor la Voluntad de Dios en nuestra vida como para hacerla con amor. Llegar en todo a querer lo que Dios quiere. Unirnos tanto con Dios que sea uno el querer, que sería el Querer Divino.

8. Y así, este escrito tiene por objetivo proporcionar al lector una guía para vivir más profundamente la espiritualidad católica a través de una *conversión* de corazón que nos lleve al aspecto central del mensaje cristiano: *hacer la voluntad de Dios*.

Capítulo 1: El que haga la voluntad de mi Padre celestial

9. Este ha sido el corazón y el objetivo del *camino* que nos ha dejado Jesús:

"No todo el que me diga: "Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que *haga la voluntad* de mi Padre celestial." (Mateo 7:21).

10. En esta cita está prácticamente dicho todo; para entrar en el Reino de los Cielos hay que hacer la Voluntad de Dios, no hay otro camino. El *seguir* a Cristo significa esto; si no hacemos la Voluntad de Dios no estamos siguiendo a Cristo. Porque seguir a Cristo —ser cristiano— significa imitarlo, porque Él es el Camino (cfr. Juan 14, 6). ¿Y a qué vino al mundo? Veamos lo que Él mismo dice:

"...porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino *la voluntad* del que me ha enviado." (Juan 6:38).

11. Por lo tanto, también nosotros tenemos que decir: «hemos venido al mundo no para hacer nuestra voluntad, sino la de Dios»; y *hacerlo vida*. Y esta voluntad está expresada precisamente en la Revelación Divina y plasmada en la vida de Cristo que es nuestro *Camino*, es decir, es el modelo que nos pone el ejemplo, es el Maestro a imitar.

"Quien dice que permanece en Él, debe vivir como vivió Él." (1 Juan 2, 6).

12. En la vida espiritual y en la santificación ésta es la diferencia: o trabajamos con todas nuestro ser a realizar la Voluntad de Dios en todas nuestras acciones o sencillamente no lo hacemos y ni nos interesa, y entonces nos enfocamos a hacer nuestra voluntad, sin importarnos si coincide o no con la de Dios. Y entre estas dos posturas de vida hay otras intermedias que podríamos llamar de crecimiento (si la persona ha tomado el camino hacia la perfección) o de tibieza (una postura rechazada absolutamente por Dios).

13. Hacer la voluntad de Dios implica, obviamente, obedecerle, *hacer lo que Él nos diga*¹. A veces queremos hacer las cosas a nuestro gusto, incluso en la vida espiritual; y aquí también —como en todo— se trata de hacer la voluntad de Dios, no la nuestra. Podemos caer en una actitud de querer negociar con Dios y ofrecer sacrificios a cambio de intereses terrenales o para que se cumplan las cosas tal como nosotros queremos, o incluso estamos haciendo cosas contrarias a la ley de Dios (vivir en adulterio, no perdonar a alguien, no estar en gracia de Dios, etcétera) y queremos que ha cambio de oraciones o penitencias Dios nos escuche y haga lo que le pedimos, a lo cual la Palabra de Dios dice:

"¿Acaso se complace Yahveh en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a la palabra de Yahveh? Mejor es *obedecer* que sacrificar, mejor la *docilidad* que la grasa de los carneros." (1 Samuel 15, 22)

14. Dios *se complace* en la *obediencia*; si queremos complacerle, hay que obedecerle. Esto es parte del primer mandamiento *de amar* a Dios sobre todas las cosas, con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra

¹ cfr. Juan 2, 5

alma, con todo nuestro corazón y todo nuestro espíritu². Una vez que estamos en la obediencia a Dios, esforzándonos por hacer su Voluntad, entonces nuestros intereses se *vuelven comunes* con los de Dios y pediremos lo que Dios quiere que pidamos y entonces las oraciones, los sacrificios serán gratos al Señor.

15. El hacer la voluntad de Dios es lo que nos hace ser de la familia de Cristo:

"Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre." (Mateo 12, 50).

16. Incluso los diálogos que Jesús tuvo con Santa Faustina Kowalska reflejan esta realidad:

"Hija Mía, Me das la mayor gloria a través de la paciente sumisión a Mi voluntad, y te aseguras meritos tan grandes que no alcanzarías ni con ayunos ni con ningunas mortificaciones. Has de saber, hija Mía, que si sometes tu voluntad a la Mía, atraes sobre ti Mi gran complacencia; este sacrificio Me es agradable y lleno de dulzura, en él tengo complacencia, él es poderoso." (Diario 904)

17. Como se observa, este es un tema central. A continuación veremos que como en todo, la iniciativa del amor de Dios es primero; de aquí se deriva nuestra respuesta.

² cfr. Marcos 12, 30

Capítulo 2: La entrega de Dios hacia nosotros

18. Para hacer la voluntad de Dios es necesario entregarnos a Dios y realizar una *conversión de corazón* en nosotros, pero antes de ver el tema de nuestra entrega a Dios, veamos la entrega que Dios ha tenido con nosotros, su *gran amor incondicional*.

"Nosotros amemos, porque él nos amó primero" (1 Juan 4:19).

19. ¿Qué significan estas palabras? Dios nos conocía antes de que fuéramos concebidos, nos conoce y nos ama desde *la eternidad*. Porque nada escapa a su conocimiento, que además es eterno (fuera del tiempo). Pero además nos ama de manera *incondicional*; no importa qué hagamos o dejemos de hacer, cómo seamos, si somos ricos o pobres, altos o bajos, Él nos ama igual. Su amor es infinito y eterno. Este amor le lleva a querernos salvar, por eso nos advierte de los peligros de un mal comportamiento que nos pudiera llevar a la condenación eterna; pero sin embargo, aunque nos portemos mal, Él nos sigue amando.

20. Es incalculable el amor que Dios nos tiene. Nos ama de una manera difícil de entender para nosotros. Nos ama tanto, que aún siendo pecadores, es decir, a pesar de que cada pecado es una ofensa para Él, de todos modos nos sigue amando y conservando en la existencia. Y a pesar de que lo ofendemos, nos dio a su Hijo para que muriera por nosotros.

"Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna»" (Juan 3:16).

21. Esto lo hemos oído, pero ¿realmente lo creemos? Recordemos lo que Maximiliano Kolbe vivió y decidió hacer. Él era un sacerdote polaco, preso en el campo de concentración de Auschwitz en tiempos de la segunda guerra mundial; y aquí, al fugarse un preso, mataban a otros diez.

22. Pues esto pasó cuando Maximiliano estaba en el campo de concentración. Francisco Gajowniczek era uno de los elegidos para morir, pero al ser señalado mencionó sobre la suerte de su esposa e hijos al tener que morir él; entonces Maximiliano da un paso al frente y pide morir en vez de Francisco. Los nazis aceptan y Maximiliano entra en el grupo que moriría de inanición, es decir, no les darían alimento para que murieran.

23. Después de tres semanas de hambre extrema, Maximiliano todavía está vivo, junto con otros tres condenados, y como los nazis necesitaban la celda para otro uso fueron asesinados los cuatro con una inyección de fenol. Francisco Gajowniczek siguió viviendo gracias a Maximiliano Kolbe. Posteriormente Maximiliano fue canonizado por Juan Pablo II en 1982.

24. ¿Se puede seguir viviendo igual después que alguien ha muerto por uno? ¿Vivirías igual si estás vivo hoy gracias a que alguien ha muerto por ti? ¿Hay alguien que haya dado la vida por ti? Estas son preguntas muy serias en nuestra vida. Realmente no se puede vivir la vida de manera superficial cuando existen hechos de vida o muerte en nuestra existencia.

25. La verdad es que Jesucristo ha muerto por nosotros, ha muerto por ti. ¿Podemos seguir viviendo igual cuando esto realmente pasó? ¿lo crees realmente? Todo un Dios hecho carne que viene a morir por mí, por ti. Es decir, ni siquiera es un ser humano común y corriente, que incluso es algo muy fuerte

el que alguien haya dado la vida por nosotros; pero aquí es Jesucristo: *verdadero Dios y verdadero hombre*.

26. Pensemos en todo lo que Dios ha hecho. En un primer momento se encarna en un hombre, llegando al mundo a través de una familia sencilla, en donde vivirá con austeridad y carencias. Y todo un Dios tendrá que ser protegido del aire, del frío, cambiado de pañales y dependiente de una jovencita para ser alimentado, etcétera. También desde pequeño padecerá persecución y tendrá que huir a Egipto, viviendo exiliado una parte de su infancia.

27. Después, en su vida pública, vivió de lo que la gente le proporcionaba, perseguido por la clase religiosa (escribas y fariseos) y después todo el drama de su pasión. Pensemos en Getsemaní, veamos:

"Entonces va Jesús con ellos a una propiedad llamada Getsemaní, y dice a los discípulos: «Sentaos aquí, mientras voy allá a orar.» Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dice: «Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad conmigo.»" (Mateo 26, 36-38).

28. Jesús en Getsemaní sufre *hasta el punto de morir*. Aquí sufre nuestros pecados en su alma. Experimenta lo terrible del pecado que es *muerte*; y sufre la muerte de nuestra *separación* de Él y el rechazo de muchos hombres a la gracia salvadora de Dios y su condenación eterna, a pesar de su dolorosa pasión y crucifixión.

29. La Beata Ana Catalina Emmerick describe estos momentos en sus escritos. Respecto a Jesús en Getsemaní, describe, entre otras cosas, lo siguiente:

"Postrado en tierra, inclinado su rostro y anegado en un mar de tristeza, todos los pecados del mundo se le aparecieron bajo infinitas formas en toda su fealdad interior; tomólos todos sobre Sí, y ofrecióse en su oración a la justicia de su Padre celestial para pagar esta terrible deuda...su alma se horrorizó al aspecto de los crímenes innumerables de los hombres y de su ingratitud para con Dios" (Beata Ana Catalina Emmerick, *Visiones y Revelaciones*, Jesús en el Monte de los Olivos)

30. En Getsemaní Jesús sufre todos nuestros pecados, nuestros crímenes, los experimenta en su ser y se horroriza por la *ingratitud* del hombre para con Dios. Este aspecto vale la pena resaltarlo. Jesús sabe todo lo que va a sufrir por amor, para salvar a sus amados, pero sabe que algunos de esos amados lo rechazarán y darán la espalda a ese amor y a esa salvación; y al hacer esto, se abre la condenación eterna para estos amados.

31. Esto es un gran dolor para Jesús. Es como si sus miembros le fueran desprendidos; que de hecho lo es en su cuerpo místico. Llega incluso a sudar sangre³:

"Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra." (Lucas 22, 44).

³ La **hematidrosis** es un trastorno excepcional en la que un ser humano suda sangre. Ocurre cuando la persona sufre de un nivel elevado de estrés, ansiedad o debilidad.

32. También sufre toda la *tibieza* de la humanidad, que ante tanto amor y sacrificio se queda en un nivel *mediocre* e incluso *indiferente* de amor y de espiritualidad. Recordemos las palabras de la Escritura:

"Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca" (Apocalipsis 3, 15-16).

33. No podemos imaginarnos los *excesos de amor* que Jesucristo ha tenido con nosotros. Todo el dolor que sufrió por amor. No permitamos una *mayor ingratitud* de parte nuestra. Ahora, después de esta agonía Cristo es apesado, juzgado por los judíos, llevado a prisión, golpeado y maltratado de muchas maneras. Después es llevado a Pilatos que lo sentencia a la flagelación.

34. Fue una flagelación romana, en donde la gente podía morir en ella. Su cuerpo quedó desgarrado, se veían los huesos y pedazos de carne quedaron en el suelo.

35. Posteriormente es la corona de espinas; que a palazos penetraron más en la cabeza del Redentor. Y por último la crucifixión, Jesucristo se retorció del dolor hasta dar el último aliento por nosotros. Todo esto ¿por qué lo hacía? Por *amor* a ti y a mí. Por amor a todos. No nos queda más que caer de rodillas ante tanto amor.

36. Si realmente nos tomamos en serio que Dios en Jesucristo ha dado la vida por nosotros, no podríamos seguir viviendo igual. Esto implica un cambio de vida, una *conversión radical*. Pues es algo muy fuerte. Ya que *Jesucristo nos ama más que a su propia vida*. ¿Qué nos queda hacer ante tanta entrega? No nos queda más que entregarnos *totalmente* a Él y convertirnos de corazón.

Capítulo 3: La entrega total de nosotros a Dios

La conversión

37. Como decíamos, para hacer plenamente la voluntad de Dios es necesaria la *conversión*. Juan Pablo II decía al respecto:

"...la «conversión», tema fundamental de la vida cristiana." (Juan Pablo II, *ángelus*, Domingo 24 de enero de 1993).

38. Para Juan Pablo II, este es un tema *fundamental*; no es un tema complementario u optativo. Pero, ¿por qué es fundamental? Porque sin una verdadera conversión, no nos convertimos en verdaderos *seguidores* de Cristo, no correspondemos adecuadamente a su amor y comprometemos seriamente nuestra salvación; y podemos caer en una religiosidad superficial o fanática o de rutina o por costumbre. Cualidades de lo que podríamos llamar: *tibieza*. Veamos de nuevo la cita:

"Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca" (Apocalipsis 3, 15-16)

39. No es la intención de esta obra profundizar sobre este aspecto de la *tibieza*, sencillamente diremos que es algo que no le agrada a Dios y le repugna. Una de las razones es la hipocresía que se esconde detrás de esto, la comodidad, la falta de una entrega incondicional de amor que requiere generosidad y sacrificio. Y además las personas tibias dan muy mal ejemplo a los demás, ya que parecen que son buenas pero dan ejemplo de conformismo, comodidad, costumbre y muchas veces una religiosidad sin cruz, a lo cual Cristo dice:

"Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella" (Mateo 7, 13)

"El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará." (Mateo 10, 38)

40. No hay *resurrección* en nuestra vida sin pasar por la *cruz*, una cruz llevada con amor y unida a la de Cristo. La tibieza es precisamente sentir que uno es bueno porque no mata ni roba, pero no se decide a entregarse completamente a Cristo, ni ir por el camino *estrecho* de la *cruz* cargada con amor y silencio, teniendo como prioridad el amor a Dios y al prójimo, libres de cualquier atadura al mundo.

41. La verdadera conversión (*metánoia* en griego) requiere una *entrega total* a Cristo y que esta entrega sea continua. Veamos lo que dice Juan Pablo II:

"Las condiciones para recorrer el mismo camino de Jesús son pocas pero fundamentales. ...es necesario dejar atrás el pasado, cortar con él de modo determinante y realizar una *metánoia* en el sentido profundo del término: un cambio de mentalidad y de vida. El camino que propone Cristo es estrecho, exige sacrificio y la entrega total de sí" (Juan Pablo II, *Audiencia*, Miércoles 6 de septiembre 2000, n.2)

42. Juan Pablo II expresa: *la entrega total de sí*; pero ¿qué significa esta entrega? También aquí la respuesta es muy amplia y muchos santos han escrito en hojas y en su vida misma lo que esto significa; pero aquí hablaremos de lo más fundamental que es la decisión de regalarnos totalmente a Cristo, darle *toda* nuestra vida.

43. Toda nuestra vida significa el 100%, no el 98% o 99.99%, sino todo. Dios no admite rivales. O es todo o nada:

"El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama."
(Mateo 12:30)

44. Toda nuestra vida significa *todo*: nuestros proyectos, nuestra salud, nuestra familia, nuestros recursos, nuestro tiempo, nuestras decisiones, lo que hagamos, lo que no hagamos, incluso nuestros defectos (para que los destruya), etcétera; es decir, toda nuestra vida; para que *todo sea como Él quiere*.

45. Este aspecto de la *entrega* es importante, porque el que realiza la perfección en nosotros es Dios; y Dios no puede intervenir totalmente en nuestra vida si no nos entregamos totalmente al Él. Realmente es imposible para nuestras propias fuerzas llegar a la *perfección*⁴ que Dios quiere. Tenemos en contra los enemigos clásicos del alma: el mundo, la carne y el demonio. Solamente con el poder de Dios actuando en nosotros es posible esta conversión de corazón.

46. Además Dios respeta nuestra libertad; y si nosotros no le damos esa libertad al *entregarle* toda nuestra vida, Él no actúa con toda libertad en convertirnos, pues al entregarle casi todo, pero *no algo*, obstaculizamos sus gracias y la *transformación* que puede hacer en nosotros. Aquí entra la idea del *abandono* que tanto se ha escrito en la espiritualidad católica. Hay que abandonarnos completamente en manos de Dios para que Él actúe con toda su fuerza en nosotros y a través de nosotros.

47. Dios es el mejor artista, si le entregamos nuestra vida, Él hará una obra maestra con ella; porque Dios no hace cosas mediocres o feas, Dios hace bellezas y puede hacer una belleza de tu vida si se lo permites, entregándole todo para que *Él modele y esculpe* a su gusto.

48. Esta entrega implica *querer cambiar* para ser transformados de acuerdo a la voluntad de Dios y al plan que Él quiere para nosotros. Y esto incluye como punto básico y de arranque la renuncia a cualquier pecado, a cualquier ofensa —grande o pequeña— que se pueda cometer a Dios; pues esto no es su Voluntad. El primer paso para cambiar de vida y ser como Dios quiere que seamos es el *compromiso de querer hacerlo*. Para lograr todo esto necesitamos los auxilios divinos y Cristo los ha dejado en su Iglesia.

La gracia de Dios

49. Entre estos auxilios está uno que es fundamental y que es estar en *gracia* de Dios:

"La gracia es una *participación en la vida de Dios*" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1997).

⁴ Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial. (Mateo 5:48)

"La gracia es, ante todo y principalmente, el don del Espíritu que nos justifica y nos santifica." (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2003).

50. La gracia de Dios nos *justifica*. ¿Qué significa esta justificación? Esto es muy importante entenderlo, ya que si no estamos justificados, no podemos entrar en la vida eterna. El Catecismo cita al mismo S. Pablo de esta manera:

"A la universalidad del pecado y de la muerte, el Apóstol opone la universalidad de la salvación en Cristo: "Como el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación, así también la obra de justicia de uno solo (la de Cristo) procura a todos una justificación que da la vida" (Rm 5,18)." (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 402).

51. Como se observa, la cita de Romanos habla de *condenación*. Esto quiere decir que en estricta justicia nuestro destino por el pecado de Adán —que nos hereda el pecado original— y por nuestros pecados personales era el infierno, pero gracias a Cristo se nos abre la posibilidad de la vida eterna a través de la adquisición de *la gracia*; es decir, la gracia de Dios nos justifica (como también se menciona en la cita de Romanos: *justificación*) para no condenarnos y heredar la vida eterna del cielo:

"Porque el salario del pecado es la muerte, mas la gracia de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro." (Romanos 6, 23).

52. Pero aquí entra *la libertad humana*; es decir, el acceso al cielo ya es posible, el cielo ya está abierto por los méritos de Cristo, pero uno es libre de caminar por el camino que Jesús dejó para ir al cielo o no caminar por él, y caminar por el camino que lleva a la perdición y acabar en el infierno. Por eso la Escritura dice:

"Mira: Yo pongo hoy ante vosotros bendición y maldición." (Deuteronomio 11, 26).

53. Tenemos las dos posibilidades; de escoger la maldición o la bendición en nuestra vida, que tiene consecuencias *eternas*. Dios quiere darnos la bendición ya desde ahora, pero nosotros podemos *rechazar* la bendición de Dios si no hacemos lo que Él quiere y llamamos automáticamente a la maldición, que es el rechazo del Amor y por tanto de Dios⁵; y rechazar la gracia de Dios es rechazar a Dios y la salvación que nos ofrece, lo cual causa nuestra auto-condenación.

54. Al rechazar a Dios y a su gracia nos sumamos al equipo de los que lo han rechazado: demonios (ángeles caídos), condenados y los que están en esta vida en pecado mortal, que están en enemistad con Dios. La enemistad viene del rechazo del Amor, del rechazo a Dios y su gracia que nos justifica y nos salva. Por eso hay que entender que si no estamos en gracia de Dios no estamos justificados y no entramos al Reino de los Cielos. Veamos lo que dice el evangelio:

"Tomando Jesús de nuevo la palabra les habló en parábolas, diciendo: « El Reino de los Cielos es semejante a un rey que celebró el banquete de bodas de su hijo. Envío sus siervos a llamar a los invitados a la boda, pero no quisieron venir. ... Entonces dice a sus siervos: "La boda está preparada, pero los invitados no eran dignos. Id, pues, a los cruces de los caminos y, a cuantos encontréis, invítadlos a la boda." Los siervos salieron a los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y la sala de bodas se llenó de comensales. «Entró el rey a ver a los comensales, y al notar que había allí uno

⁵ 1 Juan 4, 8

que no tenía traje de boda, le dice: "Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda?" El se quedó callado. Entonces el rey dijo a los sirvientes: "Atadle de pies y manos, y echadle a las tinieblas de fuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes." (Mateo 22, 1-13).

55. Esta parábola de Jesús expresa muy bien esta realidad, necesitamos *el traje de boda*, es decir, la gracia de Dios para entrar al Reino de los cielos. Si no es así, vamos a las *tinieblas* donde hay sufrimiento eterno (*llanto y rechinar de dientes*).

56. Aquí entramos a otro aspecto que tiene que ver con la gracia, que es *el pecado grave*. La gracia la recibimos por primera vez en el Bautismo, pero podemos perderla por los pecados mortales que por eso se llaman así porque *matan*, es decir, privan al alma de la gracia recibida en el Bautismo y se requiere del sacramento de la Penitencia (o reconciliación o confesión) para recuperarla:

"Cristo instituyó el sacramento de la Penitencia en favor de todos los miembros pecadores de su Iglesia, ante todo para los que, después del Bautismo, hayan caído en el pecado grave y así hayan perdido la gracia bautismal y lesionado la comunión eclesial. El sacramento de la Penitencia ofrece a éstos una nueva posibilidad de convertirse y de recuperar la gracia de la justificación. Los Padres de la Iglesia presentan este sacramento como "la segunda tabla (de salvación) después del naufragio que es la pérdida de la gracia". (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1446).

57. Es interesante como el catecismo habla de *naufragio* para referirse a la pérdida de la gracia. Es decir, es una *catástrofe* para nosotros; ¿por qué?, porque sin la gracia de Dios —como mencionamos— no entramos a la vida eterna, sino nuestro destino es el infierno; esta gracia —como dice la cita del catecismo número 2003 más arriba— además de justificarnos, nos santifica, por eso también se habla de la *gracia santificante* y es la que se pierde por el pecado mortal con todas sus consecuencias:

"El pecado mortal es una posibilidad radical de la libertad humana como lo es también el amor. Entraña la pérdida de la caridad y la privación de la gracia santificante, es decir, del estado de gracia. Si no es rescatado por el arrepentimiento y el perdón de Dios, causa la exclusión del Reino de Cristo y la muerte eterna del infierno" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1861).

58. Como se observa, el infierno existe; es una verdad de fe. Cristo lo menciona en el evangelio varias veces (además de la cita de Mateo antes vista) y el Magisterio de la Iglesia lo afirma en el Catecismo, como lo acabamos de ver y también la siguiente cita lo deja muy claro, ya que Dios no quiere que vayamos para allá y por eso nos señala el camino correcto para el Cielos a través de su Evangelio y de su Iglesia:

"La enseñanza de la Iglesia afirma la existencia del infierno y su eternidad. Las almas de los que mueren en estado de pecado mortal descienden a los infiernos inmediatamente después de la muerte y allí sufren las penas del infierno, "el fuego eterno". La pena principal del infierno consiste en la separación eterna de Dios en quien únicamente puede tener el hombre la vida y la felicidad para las que ha sido creado y a las que aspira." (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1035).

59. Por lo tanto, si morimos en gracia nos salvamos, pero si morimos sin la gracia de Dios nos vamos al infierno inmediatamente. Esto quiere decir que no podemos estar en esta vida sin la gracia de Dios; antes morir físicamente que perderla por pecados mortales. Y si por algo la perdemos, ir inmediatamente al sacramento de la confesión arrepentidos para recuperar la gracia que nos justifica, nos salva y nos santifica. Hay que tener presentes siempre las palabras de Jesús:

¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida? (Mateo 16, 26)

60. El pecado mortal es una grave ofensa a Dios, es algo así como volverlo a crucificar. Ejemplos de pecados graves son el asesinato, el adulterio, calumnias (mentiras sobre el prójimo) graves que dañen fuertemente al prójimo, no ir a Misa los domingos sin causas justificadas, infidelidad, emborracharse, etc. Sin embargo los pecados veniales también debilitan la gracias. Una persona realmente convertida preferiría incluso morir antes que cometer un pecado venial que ofenda a Su amado.

61. No pretendemos aquí dar la explicación de los pecados mortales, sus condiciones y su diferencia con los veniales, para esto se puede consultar el *Catecismo de la Iglesia Católica* en el número 1854 y siguientes. Si no se tiene clara la diferencia es muy importante leerlo, ya que en esto nos estamos jugando la vida eterna (saber qué cosas nos quitan la gracia de Dios).

62. Lo importante para el objetivo de este escrito y para el tema de la conversión es que un cambio radical de vida entregada completamente a Dios implica la disposición sincera de no ofender nunca a Dios ni siquiera de manera leve, es decir, ni siquiera con pecados veniales, ya que cualquier pecado es una ofensa a Dios, al Amor más grande, a Aquél que nos ha amado hasta el infinito y en Cristo dio la vida por nosotros.

63. Porque el pecado es odioso, basta pensar en cómo quedó el cuerpo de Jesús al bajarlo de la cruz para ver lo espantoso que es el pecado; y por supuesto que el pecado es *la muerte*⁶ ya que por el pecado entró la muerte al mundo⁷ y le quitó la vida a Jesús.

64. Estando en gracia de Dios podemos alimentarnos de nuestro Señor; nutrirnos con su Cuerpo y su Sangre:

"Para responder a esta invitación, debemos *prepararnos* para este momento tan grande y santo. S. Pablo exhorta a un examen de conciencia: "Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma entonces del pan y beba del cáliz. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo" (1 Co 11, 27-29). Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar." (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1385).

65. Tenemos que estar en gracia de Dios para poder comulgar; para entrar en comunión con Dios-Amor. Y Dios es el Cielo mismo, podemos entonces decir que la confesión es la puerta al Cielo y la comunión es el Cielo mismo.

⁶ Cfr. Romanos 6, 23

⁷ Cfr. Romanos 5, 12

"El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él." (Juan 6, 54-56).

66. Hay que comer la Carne y beber la Sangre de Cristo para tener vida eterna y ser resucitados. Nuestra alma necesita alimento en este peregrinar a la vida eterna y Cristo nos lo ha dado, y es *Él mismo* ¡qué más podemos pedir!

67. La delicia de la auténtica espiritualidad es precisamente vivir en unión con Cristo, vivir con Aquél que es el Amor, la Belleza, la Bondad, la Ternura, la Perfección, etcétera. Es dejar que Él haga morada en nosotros⁸, es empezar a experimentar el Cielo en esta tierra.

68. Estar en gracia de Dios es por tanto un paso básico en nuestra conversión. Es la puerta para una vida abundante:

"Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Juan 10, 10)

69. Y experimentar los frutos del Espíritu:

"En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí mismo" (Gálatas 5, 22-23)

70. La vida que Cristo nos ofrece es una vida de victoria: de paz, de alegría, de felicidad, de esperanza y más cosas, aun en las pruebas y cruces de la vida; ésta es la Buena Nueva. Pues Cristo es más grande que todos nuestros males:

"Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo." (Juan 16, 33)

71. Si Cristo está con nosotros no tenemos nada que temer y podemos enfrentar todo con Él, y con Él vencemos todo⁹.

72. La confesión y la comunión son dos de los siete sacramentos que Jesús dejó en su Iglesia. Los sacramentos nos dan la vida Divina de Dios:

"Los sacramentos son signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia por los cuales nos es dispensada la vida divina." (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1131).

73. Por eso es que también la gracia de Dios nos santifica (como se señaló más arriba). La gracia que recibimos en los sacramentos tenemos que hacerla *crecer*. En la medida en que crece, crece más la presencia de Dios en nosotros: más paz, más luz, más amor, etcétera; y de esta manera nos va santificando. Pero también tiene que sanarnos del daño que el pecado y otros aspectos de la vida (como carencias afectivas) han hecho en nuestra alma:

⁸ Cfr. Juan 14, 23

⁹ Filipenses 4, 13

"La gracia de Cristo es el don gratuito que Dios nos hace de su vida infundida por el Espíritu Santo en nuestra alma para sanarla del pecado y santificarla: es la *gracia santificante* o *divinizadora*, recibida en el Bautismo. Es en nosotros la fuente de la obra de santificación (cf Jn 4, 14; 7, 38-39)" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1999).

74. Como se observa, la gracia también es *sanadora*. Tiene el poder de sanar las heridas que nos han hecho otros y también las que nos hacemos a nosotros mismos por nuestros propios pecados. Dios sabe lo que necesitamos¹⁰ y por eso nos ha dejado medicina para nuestros males a través de su gracia. Por eso es importante que frecuentemos los sacramentos. La recomendación para una buena conversión es asistir a Misa y comulgar de preferencia todos los días y confesarse por lo menos una vez al mes (a menos que urja).

75. Pero para recibir todas estas bendiciones de los sacramentos tenemos que estar *dispuestos*. Porque nos podemos preguntar ¿por qué hay persona que reciben los sacramentos pero no experimentan esta felicidad o no tienen un cambio en su vida? La razón es que se requieren ciertas *condiciones* para que la gracia de Dios actúe adecuadamente en nosotros. Un aspecto importante es la *fe*. Si no tienes fe y no crees es los sacramentos, pues sencillamente dificultas, disminuyes o eliminas el poder de la gracia en ti:

"Celebrados dignamente en la fe, los sacramentos confieren la gracia que significan." (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1127).

76. Como se observa, la gracia depende de la fe; es decir, *se requiere de la fe*. Pero también los sacramentos tienen el poder de hacerla crecer. Esto significa que puedes empezar con un mínimo de fe y al recibir dignamente los sacramentos tu fe aumenta, incluso le puedes pedir a Cristo que en cada recepción de los sacramentos aumente tu fe:

"Los sacramentos ... No sólo suponen la fe, también la fortalecen, la alimentan y la expresan con palabras y acciones; por eso se llaman sacramentos *de la fe*" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1123).

77. De esta manera, entre más frecuentes los sacramentos de manera digna y pidas la fe, entonces tu fe crece, al crecer tu fe, la gracia de los sacramentos tiene mayores efectos en ti, por lo tanto es un círculo virtuoso. Otro elemento clave para recibir la gracia de Dios es *la humildad*, veamos la Palabra de Dios:

"Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes" (1 Pedro 5, 5 y Santiago 4, 6).

78. Esto significa que el orgullo y la soberbia en una persona, aunque frecuente los sacramentos, hacen que la gracia disminuya o se anule en ella.

79. Como se ve, son varios los elementos que tienen que ver para recibir los frutos de la gracia de Dios, son *disposiciones* que tenemos que tener. Pues hay poco o nada de fruto si se reciben los sacramentos mecánicamente, sin fe, sin humildad y sin amor.

¹⁰ Cfr. Mateo 6, 8.

La cristificación

80. El proceso de conversión es algo que tiene un inicio (cuando nos decidimos a convertirnos) pero dura toda la vida:

"Conversión no es sólo un momento, un instante de la vida; es un camino" (Benedicto XVI, Asís, junio 2007)

81. La *cristificación*, dentro del proceso de conversión, es dejar que Cristo nos vaya transformando; es dejar que el Divino Amor tome posesión de todo nuestro ser y lo modifique a Su antojo. Esta es una labor de limpieza, de quitar todo aquello que estorba a nuestro crecimiento espiritual y poner en nuestra alma lo que la embellece y la *asemeja* a Jesucristo:

"Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo" (Romanos 8, 29).

82. Se trata de ir crucificando lo terreno, todo aquello que no le gusta a Jesucristo para que Él ponga su vida celestial en nosotros. Pero mientras no crucifiquemos y demos muerte al hombre viejo, *el hombre nuevo* no resucitará.

"Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador" (Colosenses 3, 9-10)

83. Aquí entra todo el sentido del *seguimiento* de Cristo:

"Entonces Jesús dijo a sus discípulos: El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque él que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida a causa de mí, la encontrará." (Mateo 16, 24-25).

84. El *seguimiento* de Cristo significa seguir sus huellas; huellas que nos dirigen al calvario, pero también a la resurrección. Todo esto nos lleva (como mencionamos más arriba) a *imitarlo*; Él es nuestro modelo: Él es el Camino¹¹. Y esta *semejanza* es grande cuando estamos sufriendo por hacer su Voluntad y lo hacemos con amor y en ofrecimiento a Dios; aquí nos hacemos uno con Cristo; y esto tiene un gran poder de reparación, de conversión de los pecadores y de salvación de almas.

85. Seguir a Cristo es tomar la cruz —como dice la cita de Mateo— porque la cruz nos purifica y nos sirve de reparación de todos nuestros pecados (nos ahorra purgatorio), para entrar a la vida eterna:

Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo. (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1030).

¹¹ Cfr. Juan 14, 6.

86. No podemos entrar en la gloria si hay tan siquiera una pequeña mancha. Dios es la Pureza, la Santidad y la Perfección absolutas en todos sentidos; y tenemos que estar completamente limpios para esta unión eterna en la visión beatífica:

Desde los primeros tiempos, la Iglesia ha honrado la memoria de los difuntos y ha ofrecido sufragios en su favor, en particular el sacrificio eucarístico (cf. DS 856), para que, una vez purificados, puedan llegar a la visión beatífica de Dios. (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1032).

87. Esta cita nos recuerda la caridad que tenemos que tener con las almas del purgatorio para que pronto lleguen al cielo.

88. Y en lo que toca a los que estamos en la tierra es importante entender que la cruces llevadas con amor y en unión con Cristo nos purifican y ahorran purgatorio. El purgatorio es también doloroso y puede llegar a ser muy largo, mucho más que una o varias vidas. Como se ve, la cruz es una bendición de Dios para nuestras vidas:

Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio. (Romanos 8, 28)

89. Pero también la cruz es fuente de vida, porque a través de ella podemos —unidos a la cruz de Cristo— colaborar en *la salvación de las almas*. Es decir, nuestros sufrimientos ofrecidos con amor a Dios en unión a la cruz de Cristo pueden salvar almas que estaban en el camino de la condenación, pueden también sanar a un matrimonio que se iba a destruir, evitar el suicidio de un joven que lo iba a hacer, impedir que un sacerdote abandonara su ministerio, entre otras cosas.

90. Es importante entender la vocación que como seguidores de Cristo tenemos para *ofrecer* toda nuestra vida para *el amor a Dios, para Su gloria, para el amor al prójimo y la salvación de sus almas*. En esto podemos sintetizar el sentido de nuestra vida a través de los *diversos caminos* por los cuales *Dios nos llama* en este mundo. Y la conversión nos tiene que llevar a que estos aspectos (el amor a Dios y el amor al prójimo, específicamente la salvación de sus almas) se vayan profundizando cada vez más en nuestra vida.

91. Y el ofrecimiento es todo, no solamente los sufrimientos o adversidades, sino también las alegrías, los gozos, las actividades diarias, el trabajo, etcétera.

92. Esta transformación en Cristo nos lleva a renovar continuamente (diariamente) la *entrega* a Dios y a *realizar* su Voluntad *por encima de todo*. Esto es amar a Dios por encima de todo; si no es así, caemos de alguna u otra manera en alguna especie de idolatría:

"...amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas." (Marcos 12, 30).

"El primer mandamiento nos ordena amar a Dios sobre todas las cosas" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2093).

93. Esta es una lucha que tenemos que librar continuamente y que solamente podemos vencer con Cristo que ha *vencido todo*: es la lucha entre los *apegos* terrenos, humanos y el estar *libre* e

incondicional para Dios¹². El demonio siempre tratará de apegarnos a algo para restar esta disposición incondicional a Dios. Pero Cristo nos da la fuerza que necesitamos para vencer con Él, en los sacramentos que nos dan su gracia, en su Palabra, en nuestra relación con Él, por eso no hay excusa para vivir esta realidad. Jesús así lo deja establecido:

"El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará." (Mateo 10, 37-39).

94. Hay que perder y crucificar nuestra vida terrena para ganar la vida de Cristo. En la medida en que disminuimos¹³, Jesucristo habita más en nosotros. Por eso todo lo que *perdamos* por Cristo es una *ganancia*.

95. Lo que hemos dicho es una preparación para poner los cimientos de lo que es nuestro crecimiento espiritual. Es también ponernos en el camino a nuestra purificación y santificación para ser uno con Cristo. Todo esto si es auténtico tiene que reflejarse en *hechos*: una vida de amor a Dios y al prójimo, donde no hay lugar para murmuraciones, juicios, pérdida de tiempo, rencores, resentimientos, chismes, infidelidades, mentiras, excesos de alcohol, de comida, etcétera.

96. Es decir, hay un cambio profundo en nosotros. Esto llega incluso a que experimentemos —como mencionábamos antes— paz, alegría, gozo, unidad en nuestra familia¹⁴, luz, misericordia, fruto espiritual en nosotros y en los que nos rodean y más cosas bellas. Éste es el territorio de Dios, en cambio, cuando no estamos en gracia de Dios, sino en pecado mortal, dejamos que sea el enemigo el que empieza a dirigir nuestra vida y entramos en su territorio, que es un territorio de división, de conflictos, de ira, de agresividad, de rencor, de vacío, de depresión, de ganas de no vivir, de desunión familiar, de pleitos, de intrigas, de vicios y adicciones, entre otras cosas. Uno decide en qué territorio vivir, si en el de Dios o en el territorio del enemigo:

"Mira: Yo pongo hoy ante vosotros bendición y maldición." (Deuteronomio 11, 26).

97. Esta cita que ya la habíamos puesto vuelve a aparecer con toda claridad. Uno escoge en qué territorio construir su vida.

¹² "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lucas 1, 38).

¹³ Es preciso que él crezca y que yo disminuya. (Juan 3, 30).

¹⁴ Y unidad en la vida en general.

Capítulo 4: Haced lo que él os diga¹⁵

El objetivo de todo lo que hemos visto es para que *hagamos en nuestra vida la Voluntad de Dios*. Es precisamente el título del presente capítulo. Retomemos la cita inicial:

"No todo el que me diga: "Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial." (Mateo 7:21).

98. Podríamos decir que lo que Dios quiere de nosotros es precisamente esto: *hacer Su Voluntad*. La Revelación, los Sacramentos, la Gracia de Dios, la oración nos ayudan para realizar la voluntad de Dios en nosotros. Porque podemos hacer muchas cosas y desgastarnos en muchos asuntos, pero si no estamos haciendo la voluntad de Dios estamos en un camino errado.

99. Y Dios quiere que hagamos su Voluntad en todo. Él no quiere que la hagamos en algunos aspectos y en otros no. Como ya hemos visto, con Dios las cosas no se hacen a medias (tibieza, mediocridad) esto le repugna¹⁶. El quiere todo o mejor nada. Y esta es la *actitud* y la *disposición* de la conversión que Dios quiere para nosotros.

100. Porque una cosa es que teniendo la disposición y la intención de hacer la Voluntad de Dios en todo, a veces fallemos; pero podemos levantarnos y seguir adelante; y otra cosa muy distinta es que calculemos y decidamos hacer la voluntad de Dios en unas cosas y en otras no. Esto reflejaría que estamos *divididos* y que no le hemos *entregado todo* y que no existe por tanto la decisión honesta de convertirnos como Él quiere. Esto es cerrarle la puerta a Dios en alguna área de nuestra vida, así sea el 0.01%. Y así estamos *bloqueando* la acción plena de Dios en nosotros.

101. Nuestra Madre Santísima nos lo dice para todo momento de nuestra vida:

"Dice su madre a los sirvientes: « Haced lo que él os diga. »" (Juan 2:5).

102. Ella nos dice que tenemos que hacer lo que Dios nos diga. Hay personas que se pueden preguntar: ¿cómo conocemos la voluntad de Dios? Pero para saber cuál es la voluntad de Dios y Él se revele en nuestra vida, primero tenemos que preguntarnos ¿realmente *quiero* hacer la voluntad de Dios en todo? Porque mientras no exista este *querer* en nosotros, pues obviamente estamos bloqueando desde el inicio hacer la voluntad de Dios.

103. Dios quiere que hagamos su voluntad y por tanto nos da todo lo que necesitamos para saberlo y hacerlo. El es Dios y todo lo puede. Pero lo que hace falta es nuestra *honesta decisión* de hacerla. Una vez que tenemos la decisión verdadera de hacer la voluntad de Dios, entonces lo demás viene por añadidura¹⁷.

104. Si somos débiles, llenos de pecados y miserias, eso no es problema para Dios, lo que Él quiere es *nuestro sí honesto* para empezar una nueva vida en nosotros y así hagamos su voluntad; porque Él tiene

¹⁵ Juan 2, 5

¹⁶ Cfr. Apocalipsis 3, 15-16

¹⁷ " Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura." (Mateo 6, 33). Hacer la voluntad de Dios es buscar su Reino.

el *poder* precisamente de purificarnos y transformarnos. Él quiere nuestro sí para hacer sus maravillas y glorificarse en nosotros¹⁸.

105. Nuestro sí a Dios abre una puerta para que Dios nos invada, nos posea y nos transforme. Ningún defecto o pecado es mayor que Él. Esto quiere decir que el principal obstáculo para conocer y hacer la voluntad de Dios es *no querer conocerla y hacerla* realmente. Igualmente el querer conocer y hacer la voluntad de Dios con sinceridad es la puerta para que realmente sepamos y hagamos la voluntad de Dios, porque al querer pondremos los medios y por otro lado Dios quiere comunicarnos su voluntad y Él es el ser más poderoso, por tanto, no hay nada que se interponga de manera determinante para conocer y hacer su Voluntad.

106. El objetivo de hacer la voluntad de Dios es que abarque toda nuestra vida, cada instante, cada acción. Esto puede parecer una tarea que sobrepasa nuestras capacidades y realmente es así. Pero como es una tarea que la hacemos *junto* con Dios y Dios es todopoderoso, entonces sí es posible, ya que:

"...ninguna cosa es imposible para Dios." (Lucas 1, 37).

107. Por otro lado, también podría pasar que queremos hacer la voluntad de Dios pero concebimos a Dios *lejano* de nosotros. Lo vemos de una manera muy intelectual, como una teoría interesante y valiosa, pero al fin y al cabo algo lejano. O podemos pensar que no le interesamos a Dios y que no se va a tomar la molestia de guiarnos y revelarse a nosotros. Esto le puede pasar fácilmente a personas que no han sido queridas lo suficiente por sus padres o estos han estado lejanos a sus hijos o incluso los han lastimado de diversas maneras. Cuando esto sucede puede ser difícil concebir a un Dios de amor al que le interesamos; *pero la realidad es que sí le interesamos muchísimo*.

108. Esto junto con otros factores pueden *debilitar la fe y no creer* en un Dios vivo, real, personal y amoroso. Y por lo tanto se nos hace imposible que pueda revelárenos en nuestra vida ordinaria. Otro aspecto puede ser que nos sintamos tan indignos, que es imposible tener una relación con Dios; y esto es verdad, pero también es verdad que a pesar de nuestra miseria, Dios *quiere* tener una relación íntima con nosotros de persona a persona.

"Jesús le respondió: «Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Juan 14, 23).

"...el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido." (Lucas 19, 10).

109. Otro asunto que puede afectar es una religiosidad al *revés*. En vez de seguir a Dios y hacer su voluntad, pretendemos que Dios nos siga a nosotros y que Él haga nuestra voluntad, y si no la hace, sencillamente dejamos de creer en Él o nos enojamos con Él.

110. También existe una religiosidad de pura costumbre. Por ejemplo, se va a Misa por costumbre, pero sin conciencia de lo que sucede y de lo que podemos recibir. Se reciben muchas veces los sacramentos de manera mecánica, rutinaria, sin humildad, sin amor y sin fe. Es decir, se tiene la religión como un adorno que bien puede quitarse o ponerse según convenga.

¹⁸ "La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos." (Juan 15, 8).

111. También existen los apegos, el interés, la vanidad, los respetos humanos, el materialismo, etcétera que afectan para que tengamos una concepción de Dios verdadera y sana que nos permita crecer en nuestra relación con Él.

112. Tenemos que partir del hecho que Dios quiere una relación cercana con nosotros, nos ama de una manera infinita —difícil de entender para nosotros— y se interesa de cada aspecto de nuestra vida. Veamos la ternura de todo un Dios:

"¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido. Míralo, en las palmas de mis manos te tengo tatuada, tus muros están ante mí perpetuamente." (Isaías 49, 15-16).

113. Y además nos dio a su Hijo para que *muriera* por nosotros, es decir, por ti, por mí y por todos. Por lo tanto *la duda* no es el camino para hacer la voluntad de Dios. Hay que *creer*:

"Jesús le dijo: « ¡Qué es eso de si puedes! ¡Todo es posible para quien cree! »" (Juan 9, 23).

114. Por lo tanto, si queremos hacer la voluntad de Dios tenemos que liberarnos de todas estas concepciones erróneas de la religiosidad que solamente nos separa de Él y acercarnos a Dios con sencillez, amor y fe.

Los dos aspectos de hacer la Voluntad de Dios

115. Dentro de la voluntad de Dios existen como dos ámbitos que tenemos que considerar: uno general y otro particular (los cuales se complementan y no se contraponen). Hay una voluntad de Dios para todos; lo cual consiste en la ley natural, su ley moral, los diez mandamientos, etcétera. Esto quiere decir que es voluntad de Dios que toda persona sea honesta, que no robe, que no mate, etcétera. Nadie queda excluido de esta Voluntad¹⁹.

116. Y también para todos los que han tenido la posibilidad de conocer su Revelación, Él quiere además que la vivan, que cumplan su Palabra; como por ejemplo: amar al prójimo cómo Él nos amó, el amor a los enemigos, amar a Dios sobre todas las cosas, comer su carne y beber su sangre, etcétera. Nadie que haya tenido la oportunidad de conocer la Palabra de Dios queda excluido de dar una *respuesta* moral a ella.

117. Para un católico todo esto es voluntad de Dios; junto con el cumplir los mandamientos de la Iglesia y todo lo que esto comporta. Pero además de todos estos aspectos que tienen un enfoque sobre todo general, existe una voluntad particular de Dios para cada quien, que se desarrolla sobre el contexto general y *sin estar en contradicción* con él, sino en *unión* con él.

118. Esto se refiere a las *misiones particulares* que Dios da a cada uno. Por ejemplo, Dios puede dar a alguien la vocación al sacerdocio o a otro la vocación al matrimonio o a otro la vocación religiosa. Y también puede a alguien darle la vocación de ser doctor o de ser carpintero o de ser profesor. También

¹⁹ Aquí también entra la *conciencia* que Dios ha dado a toda persona, sin importar la religión o la creencia.

esto es voluntad de Dios y hay que verlo con toda seriedad. Es interesante, incluso, cómo el diccionario define —dentro de una de sus acepciones— el término vocación:

Vocación: "Inspiración con que Dios llama a algún estado, ..." (Diccionario de la Real Academia Española).

119. Además de hacer la voluntad de Dios cumpliendo sus mandamientos, tenemos que poner todo de nuestra parte para hacer y estar dónde Él quiere. Este aspecto particular se pasa muchas veces por alto, y desafortunadamente no se pone el mismo empeño que en otras áreas de nuestra religiosidad. Muchas veces se considera que sean las circunstancias, las inercias, las influencias terrenas o el *hay se va*, el que decide nuestro camino particular en este mundo.

120. Pongamos un ejemplo, puede ser voluntad de Dios que alguien sea médico. Pero si a ese alguien no le interesa hacer la voluntad de Dios en todo y no pone los medios para conocer lo que Dios quiere de él, pues puede perfectamente dedicarse a otra cosa y no estar haciendo la voluntad de Dios en este aspecto de su vida, aunque lo esté haciendo en otros (no roba, no mata, va a Misa, etcétera), con lo cual refleja una división en su vida y no está completamente convertido ni le ha entregado a Dios toda su vida; con el peligro quizá de caer en la tibieza.

121. ¿Por qué no le ha entregado a Dios *toda* su vida? Sencillamente porque Dios no está reinando en su vocación profesional. Y en este terreno él se está poniendo por encima de Dios, *decidiendo* las cosas al margen de Dios y sin ocuparse en hacer la voluntad de Dios en este aspecto. Y ya vimos que con Dios no hay *medias tintas*: o todo o nada.

122. Obviamente al no dedicarse en su vida profesional a lo que Dios quería, pues no se van a derramar las bendiciones y gracias que Dios pensaba hacer a través de esa vocación, ni va a realizar todo el bien que se podría realizar. Además que al no estar reinando Dios en esta área de su vida ¿quién lo va a hacer? pues el enemigo. El demonio sabe que ésta es un área en dónde él puede entrar con facilidad porque no está reinada por Dios. Aquí se ve claramente que no podemos dejar un territorio descuidado (aunque sea pequeño, porque el enemigo entra) y por eso con Dios es todo o nada; Él es un Dios celoso que no admite rival.

"Yahveh se llama Celoso, es un Dios celoso" (Éxodo 34, 14)

123. Además si Dios quería que fuera médico, lo habrá dotado de talentos especiales para ello, y al no ejercer esta vocación, pues seguramente está en otra actividad que no le satisface como debiera o incluso no tiene la competencia suficiente (porque dedicarse a lo que Dios quiere es lo que nos hace más plenos y realizados, pues fuimos creados y diseñados para ello). Pero es posible que esté en esa actividad (la que no es su vocación) porque su papá quería y no quiso negarse, con lo cual Jesús podría decir:

"El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí" (Mateo 10:37).

124. También puede dedicarse en lo que está porque gana mucho dinero, a lo cual Jesús podría decirle:

"No podéis servir a Dios y al Dinero." (Mateo 6, 24).

125. O quizá está allí porque le da fama o poder o placer o alguna cuestión terrenal, a lo cual Jesús también podría decirle:

"Entonces Jesús se dirigió a la gente y a sus discípulos y les dijo: En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen. ... Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres; se hacen bien anchas las filacterias y bien largas las orlas del manto; quieren el primer puesto en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, que se les salude en las plazas y que la gente les llame "Rabbí". (Mateo 23, 1-7).

"Porque ¿busco yo ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿O es que intento agradar a los hombres? Si todavía tratara de agradar a los hombres, ya no sería siervo de Cristo." (Gálatas 1, 10).

"No os amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonaos más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón." (Mateo 6, 19- 21).

126. La realidad es que el tesoro auténtico es tejer nuestra vida de actos que son conforme a la voluntad de Dios. Cristo es Rey²⁰ y quiere ser nuestro Rey en todas las áreas de nuestra vida. Un modelo de esto es la Santísima Virgen:

"He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lucas 1, 38).

127. Ella hizo fielmente la voluntad de Dios en toda su vida y en todas las áreas de su vida; y el Verbo se encarno en ella. Si queremos que el Verbo permanezca en nosotros, hagamos su Voluntad en toda nuestra vida. Haciendo esto nos libramos del infierno, del purgatorio y nos ganamos más cielo para la eternidad, ¡vale la pena!

128. Este ejemplo de la vida profesional se puede aplicar a todo: ¿me caso, no me caso?, ¿con quién me caso?, ¿cuántos hijos tengo?, ¿cómo los educo?, ¿me voy de misionero o no?, ¿qué estudio?, ¿en qué trabajo?, ¿en qué invierto mis recursos?, ¿me hago sacerdote o no?, ¿soy sacerdote religioso o diocesano?, y así en las diversas decisiones de nuestra vida. Si no es así, dejamos espacios donde no reina Dios con todas sus consecuencias.

129. Es decir se trata de preguntarnos siempre: ¿qué quiere Dios de mí?, ¿qué quiere que haga?, ¿en dónde?, etcétera. Él compró nuestra vida a precio de su Sangre bendita, no podemos hacer menos (Él tiene que estar en *primer lugar y en todo*). Además, el que conoce las mejores respuestas a todas nuestras preguntas e interrogantes es Él. Y también sabe cuáles son las mejores decisiones para nosotros, de acuerdo a cómo somos, pues Él nos creó. Pero además, Él sabe qué es lo que mejor nos conviene para nuestra felicidad, porque Él es un *Dios amor*, Él es la bondad.

130. Y la *confianza* en Dios nos lleva incluso a preguntarle directamente ¿qué quieres Dios de mí?, ¿qué quieres que haga en mi vida?, ¿qué quieres que haga en esta situación concreta?, etcétera. El tiempo y el modo de respuesta también se lo dejamos a la voluntad de Dios (completo *abandono* a su Voluntad).

²⁰ Cfr. Juan 18, 37.

131. Él nos ha dado una *misión*. Misión única e irrepetible como lo es cada persona. Y esta misión está hecha a nuestra medida, es la misión que nos hará más plenos, nos realizará a las mayores alturas, agradando a Dios y Él recompensándonos y bendiciéndonos: "Dios ... recompensa a los que le buscan" (Hebreos 11:6). Es decir, nuestra felicidad (en este mundo y en la vida eterna) está muy vinculada con este cumplimiento de la misión que Dios nos ha dado y preparado.

132. Y *nunca es tarde* para empezar esta vida con Dios. Si en el pasado no hemos hecho todo con Dios y hemos dejado áreas que no le hemos dado, empecemos ahora. Entreguémosle nuestro pasado con todo y nuestros errores a su Misericordia infinita y Él sabe transformar lo malo en bien, Dios sabe sacar provecho incluso de nuestros errores si decidimos cambiar de vida y nos entregamos de aquí en adelante completamente a Él.

133. Recordemos a tantos santos que encontraron tarde al Señor, pero Dios los elevó a una gran altura de santidad. Como ejemplo están Santa María Magdalena y San Agustín. San Agustín tiene incluso aquella oración: *¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!... Exhalaste tu perfume, y respiré, y suspiro por Ti. Gusté de Ti, y siento hambre y sed. Me tocaste, y me abraso en tu paz. Pero ¿qué importa que sea tarde?, ¡más vale tarde que nunca! y Dios se gloria en lo que estaba perdido:*

"...el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido." (Lucas 19, 10).

134. Así que nunca es tarde para empezar esta vida de hacer la voluntad de Dios en todo. Una vez en el camino de la conversión auténtica, Dios utiliza incluso nuestros errores de nuestra vida pasada para bien de nuestro presente y la salvación de las almas:

"Por lo demás, sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman" (Romanos 8, 28).

135. Porque Dios todo lo hace bueno:

"...y vio Dios que estaba bien." (Génesis 1, 10).

136. Es decir, así como Dios crea las cosas buenas, también puede *recrear* todo bueno. Él puede transformar el mal que hayamos hecho en instrumento de bien. Así que no tenemos que tener miedo de ser una criatura nueva²¹. Como hemos mencionado, pensemos en muchos santos que su vida pasada dejaba mucho que desear y después llegaron a alturas grandes de santidad y Dios ha sacado provecho incluso de su pasado. Por ejemplo, ha habido personas drogadictas que al convertirse y dejarse transformar por Cristo se vuelven testimonios fuertes de la acción de Dios y ayudan a otros drogadictos a salir de este tipo de vida.

137. Por otro lado, en un primer momento podría parecer algo complicado o pesado hacer la voluntad de Dios en cada momento y en cada caso, pero como en todo es cosa de práctica. Además es una práctica en la que tenemos a Dios para ayudarnos en todo momento y el *poder* de su gracia. Obviamente implica renunciar a nuestra voluntad, a nuestra vida, pero es para ganar una vida mejor:

²¹ "...a revestiros del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad" (Efesios 4, 24).

"Entonces Jesús dijo a sus discípulos: El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque él que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida a causa de mí, la encontrará." (Mateo 16, 24-25).

138. Analicemos claramente las palabras de Cristo: *El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo*; es decir, ir detrás de Jesús implica renunciar a sí mismo, renunciar a nuestra propia vida. Y esto es una cruz (es crucificarnos por amor a Cristo), pero a cambio de esto Él nos da otra *vida*. Pero la vida que nos da Cristo es mejor que la que perdemos, en Él *encontramos* la vida plena y abundante:

"Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Juan 10, 10).

139. Es decir, haciendo esto es como más realizados y felices seremos en este mundo y luego plenamente en la vida eterna. Además, con Él, la vida y las cruces son más suaves y livianas:

"Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré. Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio. Porque mi yugo es suave y mi carga liviana." (Mateo 11, 28-30).

140. Esto es como un trueque, le damos a Jesús nuestra vida y Él nos da su vida Divina; le damos nuestra humanidad dañada por el pecado y Él nos da una vida de amor que nos lleva a la perfección:

"Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección." (Colosenses 3, 14).

141. Aquí entra el ejemplo de todos los santos, sus enseñanzas y sus escritos. Es la enseñanza del *vaciarnos* de todo para llenarnos de Dios, y entre más *vacíos*, más nos *llenamos* de Dios (nos llenamos de más paz, de más gozo, de más plenitud, etcétera), más lo poseemos:

"Es preciso que él crezca y que yo disminuya." (Juan 3, 30).

142. De aquí se deriva la austeridad cristiana en lo material y los desapegos de cualquier tipo que obstaculizan el llegar a la plenitud en Cristo, para llegar a la auténtica *libertad*:

"Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad." (2ª Corintios 3:1)

143. Veamos a uno de los clásicos de la vida espiritual y cómo en unos hermosos versos expresa esta realidad y este camino de perfección:

*Para venir a gustarlo todo,
no quieras tener gusto en nada.*

*Para venir a saberlo todo,
no quieras saber algo en nada.*

*Para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.*

Para venir a serlo todo,

no quieras ser algo en nada. (San Juan de la Cruz, *El monte de perfección*, extracto).

144. San Juan de la Cruz empieza diciendo: *Para venir a gustarlo todo, no quieras tener gusto en nada*; esto —como los versos siguientes— parece una contradicción en un primer momento, pero realmente no lo es; significa *vaciarnos* de lo que no es Dios: todo aquello que nos separa de Él, aquello que obstaculiza nuestro crecimiento en Él, aquello que impide que Él actúe a través de nosotros, aquellas cosas que aun siendo legítimas —su mal uso o exageración— perjudican nuestra relación con Dios, con el prójimo y, por supuesto, toda ofensa a Dios (todo pecado).

145. También dice: *Para venir a saberlo todo, no quieras saber algo en nada.* Es *vaciarse* de los conocimientos que no son de Dios, de todo aquello que nos impide la sabiduría celestial, es *silenciarnos* a todo lo que nos *distrae* en este mundo de lo que Dios nos pide, de hacer su bendita Voluntad. Esto significa hacer silencio; silencio exterior e interior para así, como dice la Beata Madre Teresa:

"El primer paso es el silencio. No podemos ponernos directamente ante Dios si no practicamos el silencio interior y exterior" (Beata Madre Teresa).

146. Es decir, es difícil escuchar la voz de Dios y llenarnos de su sabiduría si continuamente estamos con ruido exterior e interior.

147. El santo continua: *Para venir a poseerlo todo, no quieras poseer algo en nada.* Para poseer a Dios que es absoluto e infinito, significa deshacernos de todo lo que no es Él, de no poseer nada que pueda estorbarlo en nuestra vida y en nuestra alma. Como ya hemos dicho, Él no admite rivales. Es tener la libertad que Él quiere para nosotros en todos nuestros aspectos de la vida, libres de apegos (materiales y de gente), de rencores, de esclavitudes de cualquier tipo, etcétera. El nos quiere *libres* para hacer Su Voluntad y no quiere que por tener algo nosotros según nuestros criterios, dejemos de hacer su Voluntad.

148. También dice el santo: *Para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada.* Este aspecto puede llegar incluso a ser más complicado que el de las posesiones. Es rechazar cualquier tipo de amor propio, es renunciar a cualquier gloria humana para vivir solamente para la gloria de Dios:

"En cuanto a mí ¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo!" (Gálatas 6, 14).

149. Esta cita de Gálatas complementa muy bien el verso de San Juan de la Cruz. Es hacer la voluntad de Dios pero sin pretender ningún reconocimiento humano, es querer pasar oculto, es renunciar a los reflectores, es querer ser el último²², es vivir la verdadera *humildad* que nos impide sentirnos ofendidos y nos llena de la gracia de Dios: "Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes" (1 Pedro 5, 5 y Santiago 4, 6).

150. Y al llenarnos de la gracia de Dios, nos llenamos precisamente de Él. La auténtica humildad nos lleva a reconocer nuestra *nada*. Y al vivir en esa nada, al ser *nada*, entonces Dios lo es *todo* en nuestra

²² "...les dijo: Si uno quiere ser el primero, sea el *último* de todos y el servidor de todos." (Marcos 9, 35); también cfr. Lucas 14:10 y Mateo 6:3.

vida y por eso *con Él* somos todo. Esta es la resurrección de nuestro ser a la dicha de ser uno con Dios y aquí sellamos nuestra vida en consagrarnos en hacer la voluntad de Dios.

151. En circunstancias ordinarias²³, en la medida en que nos vamos vaciando y purificando de todo lo que no es Dios, la comunicación con Dios se hace más fina y llegamos a entender los detalles *específicos* que Dios quiere en nuestra vida.

²³ Ya que pueden existir casos extraordinarios en donde Dios le revela su Voluntad de manera clara a una persona que ni siquiera lo buscaba, como puede pasar con algunos videntes y personajes que luego fueron santos. Cuando la persona acepta a Dios y se entrega completamente a Él para hacer su voluntad, se produce la conversión y transformación radical de su ser que lo llevan a su santificación.

Cómo conocer la Voluntad de Dios

152. ¿Cómo conocemos la voluntad de Dios? Una vez considerando lo que hemos dicho anteriormente y de que un fundamento importante —entre otros— es el *querer* realmente hacer la Voluntad de Dios, entonces podemos poner los *medios* por los cuáles Dios nos habla y se revela a nosotros *de manera ordinaria*²⁴, incluso en los aspectos específicos de nuestra vida particular.

153. La Palabra de Dios nos indica las condiciones necesarias para escuchar la voz de Dios, veamos:

"Jesús se volvió, y al ver que le seguían les dice: ... " (Juan 1, 38).

154. En este pequeño texto del Evangelio hay mucha enseñanza. Las palabras *seguían* y *dice* son las claves. Para que Jesús nos *diga*, hay que *seguirlo*; este compromiso personal de seguirlo abre un canal de comunicación más profundo entre Jesús y el que decida *seguirlo*²⁵. Se sigue con la confianza de la oveja hacia su pastor:

"Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen" (Juan 10, 27).

155. Como se observa, aquí la Palabra de Dios vuelve a confirmar el *seguimiento* como elemento importante para poder escuchar la voz de Jesús. Esta escucha implica la claridad y el discernimiento para saber cuándo y qué habla Jesús para nuestra vida. Y existe otro elemento, estar comprometidos con la *verdad*:

"Todo el que es de la verdad, escucha mi voz" (Juan 18, 37).

156. La verdad es un aspecto esencial, Jesús es la *Verdad* (cfr. Juan 14, 6); por tanto, no puede uno entender el lenguaje de Jesús si no se compromete con la verdad, que implica vivir y ordenar nuestra vida de acuerdo a esta verdad, sin concesiones y sin acomodos.

157. Ahora vamos a enfocarnos en los medios para conocer la Voluntad de Dios; que obviamente funcionan si hemos decidido *seguir* realmente a Cristo y *queremos* verdaderamente hacer esta Voluntad. Podemos clasificar los medios ordinarios en tres grandes aspectos: la oración, su Palabra revelada y las circunstancias de la vida.

Oración

158. La oración es dialogar con Dios. Existen muchas formas de orar y todas son buenas y *complementarias*. Pero existen ciertas condiciones que son necesarias para que la oración dé fruto.

159. Un aspecto importante (que de alguna manera ya se ha comentado) es estar en *gracia de Dios*. Es obvio que si estamos en pecado mortal, nuestra oración, por ejemplo de pedir un favor, pierde mucha efectividad. Porque es incongruente pedir ayuda a Dios si no estamos en su territorio y en cambio estamos en el territorio del enemigo. Igualmente si no nos hemos decidido a hacer la voluntad de Dios

²⁴ Pues como comentamos, pueden existir maneras *extraordinarias* de la intervención divina.

²⁵ "Te seguiré adondequiera que vayas" (Lucas 9, 57).

en todo y no nos hemos rendido totalmente a Él, la oración tampoco dará mucho fruto. Veamos lo que dice al respecto la Palabra de Dios:

"Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; mas, si uno es religioso y cumple su voluntad, a ése le escucha." (Juan 9, 31).

160. La cita anterior es muy clara y explica por qué muchas personas que supuestamente viven una "religiosidad", no avanzan en su vida espiritual y en su comunión con Dios: *porque hay que rechazar absolutamente el pecado y hacer la voluntad de Dios* para que la comunicación y la comunión con Dios crezca y se consolide. No nos *engañemos*, si no nos decidimos a hacer la voluntad de Dios, estamos bloqueando la comunión con Dios y comprometiendo nuestra salvación; así hagamos muchas acciones *externas* de religiosidad o participemos en apostolados o en movimientos (con el riesgo, incluso, de ser mal ejemplo u obstáculo espiritual en esos lugares, como por ejemplo: a través de la tibieza, el estado de confort, comodidad, la hipocresía, etcétera).

161. En unas circunstancias de alejamiento de Dios, de pecado o incluso de falta de conversión auténtica, la oración que Dios aprecia es la de un corazón contrito, arrepentido y con deseos de cambiar; y que le pide ayuda a Dios para esto. Entonces la Misericordia de Dios se desborda en ayudar a esa persona en su conversión y en que empiece a cumplir su Voluntad:

"...un corazón contrito y humillado, oh Dios, no lo desprecias." (Salmo 51, 19).

162. Lo que no procede es una persona que tiene una o varias áreas de su vida que no quiere entregar a Dios o no quiere dejar un apego o un rencor o no se decide a dejar una mala costumbre porque le es agradable en algún aspecto o incluso quizá no está dispuesto a confesarse y recibir la gracia de Dios y, aun así, pretende que Dios le conceda algo. Esta persona en el fondo *no se ha decidido* a cumplir la voluntad de Dios en todo (esta persona está dividida, apegada o tiene rasgos farisaicos o de cierta hipocresía).

163. Otra cosa muy diferente es una persona que ya tomó la *decisión* y *quiere* cumplir la voluntad de Dios en todo y hacer todo lo posible para hacerlo pero que no puede, es débil, tiene muchos años con malos hábitos, tiene heridas, etcétera; pero *quiere* cambiar y hacer la voluntad de Dios. Entonces su oración es sincera y le dice a Dios: Señor quiero, pero yo no puedo, ¡ayúdame! Obviamente Dios le ayudará y le escuchará. Esta persona incluso puede tener recaídas, pero cae luchando, cae y le pide ayuda a Dios y vuelve a poner todo de su parte para seguir en el camino de la salvación y del cumplimiento de la voluntad de Dios; es su prioridad y su lucha constante.

164. No olvidemos que Dios es poderoso, basta que alguien quiera cambiar y ponga lo que está de su parte y Dios hace el resto. No importa que el resto sea mayor. Recordemos, por ejemplo, la multiplicación de los panes

"... y mucha gente le seguía [...]. Subió Jesús al monte y se sentó allí en compañía de sus discípulos. ..., dice a Felipe: « ¿Donde vamos a comprar panes para que coman éstos? » ... Le dice uno de sus discípulos... : « Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es eso para tantos? » Dijo Jesús: «Haced que se recueste la gente.» ... Se recostaron, pues, los hombres en número de unos 5000. Tomó entonces Jesús los panes y, después de dar gracias, los repartió entre los que estaban recostados y lo mismo los peces, todo lo que quisieron. Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: «Recoged los trozos sobrantes para que nada se pierda.» Los recogieron, pues, y

llenaron doce canastos con los trozos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido." (Juan 6, 1-13).

165. Aquí se ve claramente la *colaboración* entre Dios y el hombre. Pero para que Dios derrame sus bendiciones y haga uso de su poder a favor nuestro existen ciertas condiciones; analicemos el texto.

166. En él se dice que la gente lo *seguía*: "y mucha gente le seguía"; es decir, la gente que recibió el milagro lo estaba *siguiendo* y por lo tanto también *escuchando su Palabra*. Por eso nosotros tenemos que estar primeramente *siguiendo* a Jesús en el camino de la gracia, de la salvación, acogiendo su Palabra. La gente incluso le dio prioridad a escuchar su Palabra —al pan de su Palabra— que a resolver el problema de lo que iban a comer:

"Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura."
(Mateo 6, 33).

"Mas él respondió: «Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.»" (Mateo 4, 4).

167. Por otra parte la gente lo *obedecía*: "*Haced que se recueste la gente. ... Se recostaron, pues, los hombres en número de unos 5000*". Y obedecerle es precisamente hacer su Voluntad. Entonces tenemos qué obedecerle y hacer su Voluntad.

168. Otro aspecto es que la gente puso su parte. Las personas dieron todo lo que tenían. Era *poco*, pero era lo que podían dar. Para el poder de Dios da lo mismo si la persona pone poco o mucho, lo que le importa es que ponga lo que pueda de la mejor manera. Es decir, si la gente no colabora con la parte que puede poner, lo más seguro es que Dios no intervenga de manera especial, pues Dios no usa su poder para fomentar la negligencia, la comodidad y la pereza en las personas. Entonces, tenemos que poner todo lo que esté en nuestra parte de la mejor manera posible.

169. En este caso de la multiplicación Jesús puso prácticamente todo. Ya que si hacemos un cálculo a grandes rasgos, vemos que son unas 5,000 personas. Realmente dos peces y cinco panes es un porcentaje casi nulo y además sobraron doce canastos. Jesús hace las cosas, pero la persona tiene que cumplir con las condiciones y hacer su mejor parte, aunque ésta sea mínima en el resultado global.

170. Por tanto, el texto evangélico de la multiplicación de los panes nos enseña que si queremos que Dios manifieste su poder de manera especial, tenemos que estar *siguiendo* fielmente a Jesús, acoger su *Palabra*, darle *prioridad* a Jesús por encima de cuestiones terrenas, *obedecerle*, *hacer su Voluntad* y poner lo que *se pueda hacer de la mejor manera que podamos*. Entonces Dios pondrá lo que falta, no nos preocupemos; Dios obrará maravillas en nosotros y a través de nosotros.

171. Aplicando esto a nuestra conversión, no temamos lo bajo que hayamos caído. Pongamos nuestra mejor parte (aunque sea insignificante) y el gran poder de Dios hará maravillas en nosotros. Obviamente si estamos buscando hacer su Voluntad, nuestra oración será muy alineada a los intereses de Dios, será muy escuchada y respondida.

172. Otro aspecto de la oración es *el silencio*; tanto exterior como interior. Ya habíamos citado anteriormente esta cita, pero vale la pena volverla a poner:

"El primer paso es el silencio. No podemos ponernos directamente ante Dios si no practicamos el silencio interior y exterior" (Beata Madre Teresa).

173. Dialogar con Dios es poner en práctica el *amarlo sobre todas las cosas*. Cuando oremos tenemos que olvidarnos de todo lo demás, de todo lo que no es Dios, de todas las preocupaciones terrenas, para *enfocarnos* solamente en Él, estar *libres* de apegos y *abandonados* en sus brazos. Orar y estar pensando en otra cosa no es estar con Dios. Este silencio exterior e interior es algo que es importante *practicar* (la práctica hace al maestro). Puede no ser fácil siempre, pero siempre tenemos que luchar por conseguirlo.

174. Además el enemigo suele tratar de *distraernos* de la oración y durante la oración, ya que le tiene pánico; la oración —bien hecha— lo debilita y lo derrota. Además, para *escuchar* tenemos que hacer *silencio*, sin el silencio interior es difícil escuchar la voz de Dios. A través de la práctica del silencio podemos llegar a una oración profunda.

175. Otro aspecto esencial en la oración es el *amor*. El amor con el que se ora. El amor le da poder a la oración. Una Ave María dicha con amor puede incluso detener una guerra. Pero un Rosario dicho mecánicamente, con prisas y sin amor, no sirve. Imaginemos ahora el poder del Rosario dicho con tranquilidad, atención y amor.

176. Cuando uno ama a una persona, desea comunicarse con ella; y si se le ama mucho, desea incluso estar en *comunión*; es decir, en una *común unión*; lo cual también nos lleva a realizar una oración constante²⁶. Orar es estar en comunicación con Dios que nos lleva precisamente a la comunión y la misma oración nos da capacidad para amar:

"Mediante la oración me uno en el amor con Cristo. Comprendo que orarle es amarlo... Tengamos presente que si queremos ser capaces de amar debemos orar" (Beata Madre Teresa).

177. Obviamente no pretendemos hacer un tratado de la oración. Pero vale la pena detenerse en algunos aspectos. La oración de diálogo es precisamente el platicar con Dios como se platica con un ser querido. Se le platica de lo que pasa en la vida y se comparte lo agradable y desagradable. Se invita a Jesús en el día para que todo lo hagamos juntos: *Jesús vamos a bañarnos, Jesús vamos a desayunar, Jesús vamos a trabajar, Jesús vamos a orar*, etcétera.

178. Se trata de compartir toda la vida con Jesús, *ofrecerle* todo lo que hacemos como una ofrenda, como un sacrificio de amor para agradarlo y para la salvación de las almas²⁷. Toda nuestra actividad hecha con amor para Jesús, se convierte en *oración*.

179. Pero hay veces que no sabemos pedir:

"...nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene..." (Romanos 8, 26).

180. Por eso la Iglesia a través de los siglos nos ha propuesto oraciones poderosas y eficaces —además de bellas— para hacer oración. Muchas de estas oraciones están incluso inspiradas en la Sagrada

²⁶ "Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer" (Lucas 18, 1) y cfr. Efesios 6, 18.

²⁷ Este aspecto lo veremos más adelante

Escritura como el Padre Nuestro, oración que el mismo Jesús nos enseñó; el Ave María que también está inspirada en las palabras del Evangelio, también están los salmos y otras oraciones más.

181. Todo esto ha dado origen a oraciones más elaboradas como el Santo Rosario (oración que no debiera faltar en ningún fiel), el vía crucis, la liturgia de las horas y otras. Para un fiel es necesario hacer tanto las oraciones establecidas (Rosario, vía crucis, coronillas, novenas, etcétera); como el *dialogar*, estar en *continua comunión* con Dios. Exactamente qué oraciones establecidas hacer depende de la vida espiritual de cada quien y de su dirección espiritual. Aquí también cabe decir: *que se haga la Voluntad de Dios*. Sin embargo la voluntad de Dios ha manifestado a través de muchos caminos que el Rosario es una de las oraciones establecidas más poderosas y ricas para la vida espiritual.

182. Y es importante saber que la oración central de la Iglesia es la Santa Misa, aquí se hace presente el sacrificio de Cristo (el calvario) y su resurrección, misterios centrales de nuestra salvación:

"La Misa hace presente el sacrificio de la Cruz, no se le añade y no lo multiplica." (Juan pablo II, carta encíclica, *Ecclesia de Eucharistia*).

"Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación" (Juan pablo II, carta encíclica, *Ecclesia de Eucharistia*).

183. La Eucaristía es el milagro más hermoso que Jesús nos ha dejado. Es su presencia real entre nosotros; nos permite comerlo y adorarlo, derramando gracias inimaginables para nosotros; desgraciadamente muchas veces poco conocido y poco valorado.

184. También existe la oración de alabanza, de acción de gracias, de liberación, de sanación, de reparación, de intercesión, individual, familiar, comunitaria, etcétera. Realmente sobre la oración se ha escrito mucho, no se pretende aquí hacer un tratado de oración, lo importante es orar y al hacerlo de manera perseverante, se ora cada vez mejor, dejando que sea el Espíritu de Dios el que nos guíe.

185. Y a este respecto vale la pena leer lo que el *Catecismo de la Iglesia Católica* dice sobre la oración en su cuarta parte dedicada precisamente a *la oración cristiana* (desde el número 2558), se recomienda al lector que lo haga. Y nunca olvidar los elementos de una buena oración: *entrega a Dios, amor, humildad y fe*.

La Palabra de Dios

186. La Palabra de Dios es un don grandísimo que Dios nos ha hecho. Nos habla, nos revela su Voluntad, nos enriquece, nos muestra el camino de salvación, nos acompaña, nos ilumina, nos sana, etcétera. Dios con su Palabra creó todo cuanto existe y dice el Génesis: *"y vio Dios que estaba bien"* (1, 10). Esto quiere decir que si dejamos que la Palabra de Dios penetre nuestro ser, entonces Dios va crear cosas buenas dentro de nosotros: nos sana de heridas, nos purifica, nos da sabiduría, ... *¡hace todo bien!*

187. El poder de iluminación de su Palabra nos guía y revela su Voluntad, tanto su Voluntad general para todos como la particular para cada uno. Cuando una persona vive en una constante vida espiritual, su Palabra ilumina el camino *particular* de esa persona. Por eso es un medio para conocer su Voluntad, incluso la particular.

188. Además si somos seguidores de Cristo tenemos que conocerlo para amarlo e imitarlo. Y es precisamente en las Escrituras como entramos en contacto con Cristo:

"La Iglesia «recomienda de modo especial e insistentemente a todos los fieles [...] la lectura asidua de las divinas Escrituras para que adquieran "la ciencia suprema de Jesucristo" (Flp 3, 8), "pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo"»" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 133).

Las circunstancias de la vida

189. Dios también nos habla a través de las circunstancias de la vida.

"... él les respondió: «Al atardecer decís: "Va a hacer buen tiempo, porque el cielo tiene un rojo de fuego", y a la mañana: "Hoy habrá tormenta, porque el cielo tiene un rojo sombrío." ¡Conque sabéis discernir el aspecto del cielo y *no podéis discernir las señales de los tiempos!*" (Mateo 16, 2-3).

190. La cita anterior nos habla de que tenemos que estar atentos a los signos o señales de los tiempos; es decir, de las circunstancias que nos rodean, pues en Dios no existe el azar. De hecho en la cita hay un reclamo por no estar atentos.

191. Para captar y entender —en términos ordinarios— lo que Dios nos quiere decir a través de las circunstancias es necesario cultivar la vida espiritual: estar en gracia de Dios, oración, leer la Palabra de Dios y observar con una visión sobrenatural los acontecimientos que nos rodean. Esta vida espiritual nos da como una especie de *antenas espirituales* para captar y entender la voz de Dios que nos interpela y habla a través de los hechos de la vida.

Uniendo el rompecabezas

192. Al seguir a Cristo, al querer hacer su Voluntad, al estar en Su gracia, frecuentando los sacramentos, haciendo oración continua, estando en contacto permanente con Su Palabra y contemplando las circunstancias con visión sobrenatural, podemos *unir* todos estos aspectos —como si fueran piezas de un rompecabezas— para descubrir qué es lo que Dios quiere de nosotros de manera particular.

193. Al estar entregados a la Voluntad de Dios y poner los medios para conocer lo que quiere de nosotros, no hay nada que se interponga para saber qué quiere de nosotros. Basta que le preguntemos, pongamos los medios y Él se encargará de revelarnos su Voluntad en el tiempo y formas queridas por Él; es decir, *conforme a su Voluntad*.

194. Por supuesto que en todo esto el enemigo puede intentar introducirse para contaminar, engañar, distraer y otras cosas más. Por eso, lo que Dios nos pida no puede ir en contra de la moral, de los diez mandamientos, del Evangelio, de la Revelación y del Magisterio de la Iglesia. Y lo que Dios nos pide nos da paz y siempre está dentro del contexto del amor, de su gloria y de la salvación de las almas.

195. Estos son los medios fundamentales que la Iglesia y el ejemplo de muchos santos nos han dado para conocer qué es lo que Dios nos pide en nuestro peregrinaje a la vida eterna. Ahora pasemos a un tema esencial.

La Fe

196. Este tema es muy importante en la vida espiritual y en hacer la Voluntad Divina. A través de la fe llega el poder de Dios a nosotros. Y requerimos del poder de Dios para crecer espiritualmente y hacer frente a las acechanzas del diablo:

"Por lo demás, fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder. Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las acechanzas del Diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas." (Efesios 6, 10-12).

197. El diablo es más poderoso que nosotros, pero no más que Dios. Por eso necesitamos las armas de Dios. La cita anterior también nos hace tomar conciencia de que estamos en una *lucha* en este mundo. Una lucha entre el bien y el mal y en el que nosotros somos ese campo de batalla y tenemos además que *decidirnos* en qué bando vamos a pelear. Dentro de las armas que Dios nos da, San Pablo menciona precisamente la fe:

"...embrazando siempre el escudo de la Fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno." (Efesios 6, 16)

198. La fe, explica San Pablo, es un *escudo*. Esto quiere decir que en la medida en que no tenemos fe, no tenemos protección contra el demonio. El no creer en Cristo y también (va casi de la mano) no creer en el demonio, nos hace muy indefensos. Si hemos recibido la fe católica y ésta empieza a debilitarse, al grado de que ya no creemos casi en Jesús y mucho menos en el demonio, entonces somos presa fácil del demonio.

199. El trabajo del demonio es que pequemos, que nos alejemos de Dios y del Cielo, para llevarnos como trofeo al infierno. En este proceso él tiene varias formas de manipularnos y perjudicarnos; por ejemplo, nos lleva a diversas formas de pecado, nos hace creer que no necesitamos de Dios, hace que nuestro orgullo crezca, o que no somos dignos de perdón, empieza a matar nuestras relaciones humanas (problemas conyugales, conflictos, problemas con los hijos, violencia física, verbal, separaciones, divorcios, problemas con los seres queridos, amigos, etcétera), mata nuestra estabilidad emocional (incita la ira, la explosividad, la desesperanza, la depresión, las ganas de no vivir, las angustias, etcétera), mata la vida espiritual (nos aleja de la gracia de Dios, del amor, de la Iglesia, de los sacramentos, de la Palabra de Dios, etcétera) y trata obviamente de matar la fe.

200. Matar la fe es un objetivo diabólico, ya que sin ella, la persona está indefensa, por eso la fe es un escudo. Y porque a través de la fe llega el poder de Dios a nosotros y ante el poder de Dios el demonio no puede hacer nada. La fe es por tanto como un "transporte" o un "conducto" que trae el poder de Dios hacia nosotros y nuestra vida. Es claro por tanto que la fe es un blanco estratégico del demonio. Si no hay fe, entonces el poder de Dios no llega. Es a través de la fe como nos llegan las bendiciones y gracias de Dios. Veamos lo que pasó en la tierra de Jesús cuando pasó por ahí:

"Y no hizo allí muchos milagros, a causa de su falta de fe." (Mateo 13, 58).

201. Como se ve, no significa que el poder de Jesús disminuyera por pasar por allí, sino que la gente no creía: *falta de fe*. La fe es la que jala las gracias, las bendiciones, el poder y milagros de Dios. Veamos:

"Cuando Jesús se iba de allí, al pasar le siguieron dos ciegos gritando: «¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!» Y al llegar a casa, se le acercaron los ciegos, y Jesús les dice: «¿Creéis que puedo hacer eso?» Dícnle: «Sí, Señor.» Entonces les tocó los ojos diciendo: «Hágase en vosotros según vuestra fe.» Y se abrieron sus ojos." (Mateo 9, 27-30).

202. Como se observa en la cita anterior, Jesús les pregunta a los ciegos si creen: "*¿Creéis que puedo hacer eso?*" Ellos contestan que *sí*; y Jesús les dice: "*Hágase en vosotros según vuestra fe*" y sus ojos se abrieron. Esto significa que el poder para el milagro está dentro de Jesús, pero para sacar ese poder y traerlo a nosotros se requiere de la *fe*; es decir, creer aquello que el poder de Dios puede hacer.

203. Cuando Jesús hace milagros a la gente que se los solicita, les dice *tu fe te ha salvado*²⁸; esto deja claro que es la fe la que hace que el poder de Dios se manifieste. Por eso Dios reclama en diversos lugares la poca fe de las personas, diciendo por ejemplo: *hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?*²⁹, *¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?*³⁰, *¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?*³¹, *Por vuestra poca fe*³², entre otros.

204. Nuestra fe tiene que estar más fundamentada sobre creer en el poder de Dios que en conocimientos intelectuales. No quiere decir que la formación intelectual no ayude y no sea buena, sino que el tema de la fe no es un aspecto más de estudio como alguna otra materia, sino que sobre ella se fundamenta nuestro crecimiento espiritual y lo que Dios quiera hacer para Su gloria y la salvación de las almas en la vida real:

"Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios." (1 Corintios 2, 4-5).

205. Aquí se ve cómo la Palabra de Dios nos dice que nuestra fe tiene que *fundarse en el poder de Dios* y no en sabiduría de hombres. La vida espiritual no es solamente una formación intelectual, sino una convicción y una realidad que llena todo nuestro ser y que a través de creer en Cristo con nuestra alma y todo nuestro ser, se manifiesta el poder de Dios para Su gloria y la salvación de las almas.

206. En este contexto es en el que el poder de Dios se derrama principalmente. Porque no se trata que el poder de Dios se manifieste a través de la fe para cualquier *capricho* humano, sino para que se realice *la Voluntad de Dios*.

"En esto está la confianza que tenemos en él: en que si le pedimos algo según su voluntad, nos escucha." (1 Juan 5, 14)

²⁸ Cfr.: Mateo 9, 22; Marcos 10, 52; Marcos 5, 34; Lucas 7, 50; Lucas 8, 48; Lucas 17, 19 y Lucas 18, 42.

²⁹ Mateo 14, 31

³⁰ Mateo 6, 30

³¹ Mateo 8, 26

³² Mateo 17, 20

207. Este aspecto es muy importante, nos escucha cuando pedimos algo *según su Voluntad*. Cuando pedimos algo es importante siempre tener en cuenta que sea de acuerdo con esa Voluntad y tener en cuenta que la última palabra la tiene Dios sobre la manera de cumplir esa petición (cómo, cuándo, dónde, etc.), porque a veces no sabemos pedir. El mismo Jesús nos da ejemplo en Getsemaní:

"Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya"
(Lucas 22, 42).

208. Por tanto, la fe toma del poder de Dios pero para *hacer la Voluntad de Dios*; y dentro de la Voluntad de Dios un aspecto esencial es Su gloria y la salvación de las almas. Y estas son las montañas que hay que mover:

"Porque yo os aseguro: si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte:
"Desplázate de aquí allá", y se desplazará, y nada os será imposible. »" (Mateo 17, 20).

209. Pero es obvio que las montañas que a Dios más le interesan no son las físicas, sino las espirituales. Es mover las montañas del alma: desde la pérdida de la gracia hasta la adquisición de la gracia santificante, desde una vida de pecado o tibia hasta una verdadera conversión a Cristo, desde ir por el camino que lleva al infierno hasta estar en el camino de la salvación.

210. Por la fe entra en nosotros la vida de la gracia a través de los sacramentos, a través de la fe entra la revelación y la luz a nosotros cuando estamos en contacto con la Palabra de Dios, a través de la fe oramos con la convicción de ser escuchados y así en los demás aspectos. Y esto quiere decir que a mayor fe, más gracia, más bendición y más poder de Dios recibimos y se manifiesta en nosotros. A menor fe, menos bendición, menos gracia y menos poder se manifiesta en nosotros.

211. Un ejemplo, no es lo mismo comulgar de manera mecánica, sin mucha fe y sin mucho amor, que comulgar creyendo que recibimos realmente a Dios, al Señor de cielos y tierra, a Dios que es Amor, a Cristo que venció todo y nos ama hasta el extremo y que tiene el poder de sanar nuestra alma de todo aquello que nos impide hacer la Voluntad de Dios y que tiene el poder infinito de hacerlo y que además lo quiere hacer.

212. En el primer caso casi no se recibirá gracia de Dios, con lo cual no transformará significativamente nuestra vida e incluso por la falta de amor y la rutina hasta se ofenda a Cristo. En el segundo caso, esa comunión logrará una transformación profunda en nosotros y una experiencia espiritual de estar en contacto con la divinidad que nos llenará, que aumentará el amor y la unidad con Cristo.

213. Otro ejemplo, no es lo mismo pedir a Dios por la conversión de alguien dudando, que con plena certeza de que se cumplirá. Retomemos una cita anterior y veamos una frase más:

"En esto está la confianza que tenemos en él: en que si le pedimos algo según su voluntad, nos escucha. Y si sabemos que nos escucha en lo que le pedimos, sabemos que tenemos conseguido lo que hayamos pedido." (1 Juan 5, 14-15).

214. La certeza respecto a una conversión radica en que Dios quiere que todos se salven:

"Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven" (1 Timoteo 2, 3-4).

215. Si Dios quiere que los hombres se salven y yo busco hacer la Voluntad de Dios, estoy en gracia y con honestidad pido por la salvación de alguien, entonces esa oración es escuchada y sabemos que *hemos conseguido lo que pedimos*, así lo dice la Palabra de Dios que acabamos de citar de la carta de Juan. Esto implica, obviamente, creer en la Palabra de Dios. Por eso se dice que la fe es creer en Dios y creerle a Dios.

"Por eso os digo: todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis" (Marcos 11, 24).

216. En la cita de la carta de Juan que hemos escrito también leemos: *En esto está la confianza*; es decir, la fe auténtica lleva a la confianza; es ese fiarse *absolutamente* de Dios. Por eso Jesús le dice a Santa Faustina kowalska:

"Me hago dependiente de tu confianza; si tu confianza es grande Mi generosidad no conocerá límites" (Diario de Sta. Faustina, n. 548).

217. En esta cita se ve cómo lo que la generosidad de Dios quiere darnos depende —en cierto modo— de la confianza que el alma ponga en Dios. Y por otro lado, esa falta de confianza implica falta de amor a Dios. Amar a Dios requiere que se confíe plenamente en Él.

"La desconfianza de las almas desgarrar Mis entrañas." (Diario de Sta. Faustina, n. 50)

218. Aquí se ve el dolor que le causamos a Jesús cuando no confiamos en Él.

"Jesús le dijo: « ¡Qué es eso de si puedes! ¡Todo es posible para quien cree! »" (Marcos 9, 23).

219. Si detectamos que nos falta fe, pidámosle a Dios que la aumente³³. Como es voluntad de Dios que tengamos fe, esta oración también es escuchada. Trabajemos en la fe, ella nos da acceso a la esperanza y al amor. A través de ella veremos la gloria de Dios:

"Le dice Jesús: « ¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios? »" (Juan 11, 40).

El camino de la unidad de voluntades

220. En el crecimiento espiritual de hacer la voluntad de Dios, la plenitud se logra en la medida en que la voluntad humana y la Voluntad Divina se unen. El camino de santificación que nos han modelado los santos en estos dos mil años de cristianismo es precisamente este adecuarse a la voluntad de Dios, hacer su Voluntad. Con lo cual la voluntad humana decide obedecer a la Divina en todo. En este camino es interesante lo que Juan Pablo II dice respecto al seguimiento de Cristo al que está llamada cualquier persona:

³³ Cfr. Marcos 9, 24.

"El «sígueme» es una invitación a recorrer el camino... de las tres etapas que ha de recorrer quien quiere «imitar a Cristo»... se habla de la vía purificativa, iluminativa y unitiva. Pero no son tres caminos diferentes, sino tres etapas del mismo y único camino, al cual Cristo llama a cada hombre" (Juan Pablo II, Memoria e Identidad, cap. 6, p. 42).

221. Juan Pablo II habla de tres etapas: *la vía purificativa, iluminativa y unitiva*. La *imitación* de Cristo requiere entrar en comunión con Él, para que sea Cristo quien non transforme. Esta comunión significa dejarlo entrar dentro de nuestro ser, *que haga morada*:

"Jesús le respondió: «Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Juan 14, 23).

222. Pero para que Dios haga su morada y su presencia crezca cada día más dentro de nosotros, tenemos que *guardar su Palabra* —hacer su Voluntad—. Como en su Palabra nos revela lo que quiere que *hagamos* y *seamos*, al confrontarnos con ella tomamos conciencia de lo que no le gusta y de lo que no es Él. Esto nos lleva a *purificarnos*, es decir, quitar lo que no es Él, lo que no le gusta. Por supuesto que Jesús está dispuesto a ayudarnos en esta limpieza interior; y al purificarnos, la presencia de Jesús aumenta en nosotros, ya que lo que estorba a Jesús empieza a eliminarse.

223. Al purificarnos y quitar sobre todo los pecados más graves y grandes, la presencia de Cristo empieza a *iluminar* más toda nuestra vida. Con esta luz vemos con más claridad las cosas, tanto nuestros defectos más leves (que no por eso dejan de ofender a Dios y perjudicarnos), pecados que antes habían quedado desapercibidos (porque los más grandes los ocultaban) como también ilumina más nuestro camino; y así empezamos a tomar con Cristo *decisiones* más sabias y prudentes. El resultado es que nuestra vida empieza a transformarse de manera significativa.

224. Los pasos anteriores nos preparan para una *unión* cada vez más íntima y fuerte con la persona de Jesús; y a través de Él con el Padre y el Espíritu Santo. Esta etapa *unitiva* va fundiendo cada vez más nuestra voluntad con la de Dios. Haciendo cada vez más plenamente su Voluntad. Obviamente aquí entra el ejercicio constante de los auxilios y prácticas de las que ya hemos hablado y que van en crecimiento en la medida en que *crece* la vida espiritual: la oración, los sacramentos, la Palabra de Dios, etcétera. Juan Pablo II lo sintetiza así:

"No se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: *adherirse a la persona misma de Jesús*, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre." (Juan Pablo II, Veritatis splendor, n. 19).

225. En la unión de voluntades se trata de *adherirse a la persona misma de Jesús*, este adherirse habla de esta unión radical y profunda. Esta cita de Juan Pablo II nos previene de ver solamente a la religión como unas normas que cumplir (que por supuesto que hay que cumplirlas), o solamente escuchar la doctrina y formarse (que por supuesto que hay que formarse), sino que nos lleva a algo más vivo y pleno: ¡compartir con Jesús su vida misma! que tiene por esencia: *participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre*; obedecer con amor a la voluntad del Padre, esto es lo que Jesús cumplió cabalmente y nos da ejemplo perfecto para que lo imitemos. En esto está nuestra paz y felicidad plenas.

226. El director espiritual de Santa Faustina Kowalska, el Beato Miguel Sopocko, describe muy claramente estas etapas de crecimiento en la vida espiritual respecto a la unión de voluntades:

"Hay tres grados en el cumplimiento de la voluntad de Dios. El primero: es cuando el alma cumple todo lo que está notoriamente comprendido en los reglamentos y en estatutos de la observancia exterior. El segundo grado consiste en que el alma sigue las inspiraciones interiores y las cumple. El tercer grado es aquel en que el alma, entregándose a la voluntad de Dios, le deja la libertad de disponer de ella, y Dios hace con ella lo que le agrada, porque es un instrumento dócil en sus manos." (Beato Miguel Sopocko, *Diario de Sta. Faustina*, 444).

227. El primer grado que señala Sopocko es muy semejante con lo que el San Juan Pablo II dice —en la cita antes vista— respecto a *cumplir un mandamiento*, y es —como se ve— apenas un *primer paso* en la vida espiritual. Cumplir los mandamientos es apenas lo básico en hacer la voluntad de Dios, el segundo paso es seguir las *inspiraciones interiores*; para escuchar estas inspiraciones —en circunstancias ordinarias— necesitamos silencio interior, una vida espiritual perseverante, en crecimiento y un seguimiento verdadero a Jesús, como ya hemos visto más arriba.

228. Y además el Beato Sopocko expresa lo que determina a fin de cuentas hacer la voluntad de Dios: "y *las cumple*". Es decir, no hay que limitarse a escuchar las inspiraciones interiores sino a *cumplirlas*. Aquí hay que tener en cuenta que el demonio puede querer engañar a la persona y querer meter a la espiritualidad de la persona para engañarla, haciéndole creer que son inspiraciones del Cielo cuando en realidad son diabólicas.

229. Aquí entra el aspecto del *discernimiento*. Lo que viene de Dios da paz, está de acuerdo con la moral, con los diez mandamientos, con el Evangelio, con el Magisterio de la Iglesia y es benéfico para todos, es decir, da frutos de gracia, de conversión y de salvación. En cambio lo que viene del mal —aunque tenga apariencia de bien— en algún aspecto va en contra de uno o varios de los aspectos antes mencionados, y por tanto en contra de la Voluntad de Dios.

"«Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno da frutos buenos, pero el árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y arrojado al fuego. Así que por sus frutos los reconoceréis." (Mateo 7, 15-20).

230. El tercer grado que habla el Padre Sopocko es donde el alma se *entrega* a la Voluntad de Dios y está completamente *disponible* para lo que Dios quiera, Dios hace con el alma lo que le *agrada* y es un instrumento *dócil* en sus manos. Esta parte coincide con lo que vimos en la cita de Juan Pablo II respecto a la tercera etapa: *la unitiva*. Aquí las voluntades se *unen* profundamente.

231. Como describe el Padre Sopocko existen varios aspectos importantes: entrega a la Voluntad de Dios, lo cual provoca que el alma esté disponible para Dios, busca agradarle y es dócil a lo que Dios quiera. Estas son las características específicas de un alma que ha llegado a este tercer grado o tercera etapa. Es un camino claro y que vale la pena recorrerlo; ¡es la voluntad de Dios!

El gozo de la conversión y de hacer la voluntad de Dios

232. El camino de la conversión que nos lleva a entregarnos totalmente a Dios y a entregarle todo; y de esta manera hacer la voluntad de Dios en nuestra vida, es un camino de gozo, de felicidad profunda, de experimentar un pedazo de Cielo que Dios ya va formando con su presencia en nuestra alma:

"Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia." (Juan 10, 10).

233. Dios no nos quiere angustiados, deprimidos, explosivos, con mal humor, ansiosos, con rencores, con miedos, hablando mal de la gente, involucrados en vanas discusiones, sin vida, con adicciones, con vicios y viviendo como perdedores. Cristo *ha ganado* y con Él somos *victoriosos* y vencemos sobre el pecado y sus consecuencias. Hacer la voluntad de Dios con un corazón convertido y en continua renovación de esa conversión es lo más *gozoso* que podemos experimentar en este mundo.

234. Dios es la felicidad plena y Él quiere *habitar*nos para que experimentemos esa felicidad que puede empezar a construirse desde aquí en la Tierra; como veíamos:

"Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él." (Juan 14, 23).

235. Guardar su Palabra es hacer Su voluntad. Esto abre la puerta para que el Cielo (que es Dios) habite en nuestra alma y nos llene de sus bendiciones, ternuras, delicias, gracias, etcétera. Dios nos quiere *libres* de las esclavitudes y apegos del mundo para que volemos —ya desde aquí en la Tierra— a las delicias celestiales de un alma que es templo del Altísimo (cfr. 1 Cor 6, 19).

236. Entre más libres y más purificados estemos de lo que no quiere Dios, más lo recibimos y más recibimos sus delicias. Algunas que habla la Palabra de Dios son:

"... el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí" (Gálatas 5, 22-23).

237. Todo esto son gozos que nos *vienen* del Cielo, el mundo no los puede dar, veamos un ejemplo, el de la paz:

"Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo" (Juan 14, 27).

238. Pensemos en un corazón libre de angustias, de ansias, lleno de la serenidad y de la paz de Dios; incluso independientemente de las circunstancias terrenas en las que estemos. Todo esto es posible gracias a esta conversión que permite que Dios *haga morada* en nosotros ya aquí en la Tierra. Pero por supuesto esto implica el trabajo de una conversión del corazón que nos lleva a hacer la voluntad de Dios en nuestra vida.

239. Obviamente es imposible explicar los gozos espirituales, cada quien tendrá que experimentarlos en su crecimiento espiritual y en su camino de conversión para hacer la voluntad de Dios en su vida. Lo que es verdad es que *la mayor felicidad* que se puede alcanzar en este mundo es convertirse de corazón

a Dios para hacer su Voluntad; y además, al hacer esto nos espera un gozo infinito y muchísimo mayor en las moradas eternas. ¡*Estos son los planes de un Dios de amor para sus hijos que tanto ama!*

La salvación de las almas

240. Lo que más le importa a Jesús son las almas:

"¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?" (Mateo 16, 26).

241. En todas las misiones particulares es voluntad de Dios que salvemos almas. Y nuestra transformación en Cristo no termina solamente con el hecho de que ya no estemos en el territorio de las tinieblas y de que seamos ya libres de los apegos, de las esclavitudes terrenas y humanas; sino que Dios nos libera y nos sana para ser instrumentos de Su Misericordia. Es decir, quiere que seamos sus instrumentos por los cuales Él salve almas.

242. Cristo vino al mundo a salvar a las almas; por tanto, un auténtico seguidor de Cristo tiene que trabajar en la salvación de sus hermanos (no solamente en la de él), llevando a Cristo a quienes le rodean. En el lugar en el cual Dios quiere que estemos (ya sea como casado, como padre de familia, como sacerdote, como médico, como carpintero, etcétera) tenemos que hacer lo posible por llevar a las almas al encuentro con Cristo para que se conviertan y también se cristifiquen.

"Y les dijo: Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación." (Marcos 16, 15).

243. Pero no estamos solos en esta misión. Es más, incluso entre menos intervengamos nosotros y más dejemos actuar al Espíritu Santo a través de nosotros, más fruto se dará. Con lo cual somos como transportes del Espíritu de Dios que es el que convierte, salva, purifica y santifica.

"...recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra." (Hechos 1, 8).

244. Hay varios aspectos que podemos hacer para contribuir en la salvación de las almas. Un aspecto básico es el ejemplo y permitir que la gracia que promovemos que crezca en nosotros fluya hacia los demás. Es dejar que el amor que nos rodea se *transmita* a los demás a través del amor al prójimo, de ayudarlo en sus necesidades materiales y espirituales. Otro aspecto es hablar, comunicar la Buena Nueva, testificar las maravillas que Dios ha hecho en nosotros.

245. Otro aspecto es orientar, corregir o sacar de la ignorancia a los demás (formación, catequesis, etcétera). Otro aspecto es acercar a las personas a los sacramentos. Otro aspecto es la oración, la intercesión que hacemos continuamente por la salvación de las almas; este aspecto *siempre* se puede hacer, incluso cuando la persona por la que intercedemos está cerrada al diálogo. Y otro aspecto es la penitencia, los ayunos y sacrificios que ofrecemos por estas almas. Todos estos elementos se complementan y actúan en concierto para el beneficio de estas almas. Todo esto puede recibir innumerables formas y maneras de concretizarse según las circunstancias y precisamente de acuerdo con la Voluntad de Dios para cada uno.

246. Lo que acabamos de describir son los caminos ordinarios como la Iglesia ha trabajado a lo largo de su historia para la salvación de las almas. Pueden existir otros caminos extraordinarios que complementan de alguna manera a estos.

247. Estando convertidos y haciendo la voluntad de Dios, es fácil para Dios guiarnos en la manera en que quiere que intervengamos en cada circunstancia para este propósito de salvación.

248. Vamos a ver ahora un aspecto relacionado con la oración de *intercesión*. Ya habíamos visto más arriba que la certeza respecto a una conversión radica en que Dios quiere que todos se salven:

"Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven" (1 Timoteo 2, 3-4).

249. Y hay un pasaje del Evangelio que nos indica cómo la *intercesión* funciona (obviamente con fe, como vimos en la sección sobre la Fe):

"Al entrar en Cafarnaúm, se le acercó un centurión y le rogó diciendo: «Señor, mi criado yace en casa paralítico con terribles sufrimientos.» Dícele Jesús: « Yo iré a curarle. » Replicó el centurión: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano. [...] Al oír esto Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: «Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande. [...] Y dijo Jesús al centurión: «Anda; que te suceda como has creído.» Y en aquella hora sanó el criado." (Mateo 8, 5-13).

250. Aquí se observa cómo la intercesión del centurión salva a su criado. El que necesitaba la curación no la pidió a Jesús, sino otro (el centurión). Y es por la *fe* del centurión que se cura el criado. Aquí Jesús nos dice que por nuestra *intercesión hecha con fe*, otros hermanos nuestros se pueden salvar. Además para Dios es más importante la salvación de un alma que la curación de una enfermedad física.

251. Esto es muy interesante y nos lleva a ser personas llenas de *esperanza*. No importa que nuestros hermanos estén en el camino del mal, si intercedemos con fe por esos hermanos, se convertirán tarde o temprano. Los *tiempos y los modos* le pertenecen a Dios, nuestro trabajo es hacer lo que nos corresponde, tener paciencia, una fe inquebrantable y una esperanza cierta. Y así ha sido en la historia; pensemos en los ejemplos de Santa Mónica que intercedió por San Agustín o Santa Rita de Casia que intercedió por su esposo y familiares.

252. Claro que el demonio va a querer *desanimarnos*. Porque cuando ve que un alma que tiene en su territorio, puede que sea sacada de allí, va a ser todo lo posible para que no suceda. Y va a tratar de hacernos creer que esa persona nunca va a cambiar. También cuando se intercede por alguien con oraciones e incluso con ayunos y penitencias, el demonio puede hacernos ver que las cosas van peor, que la persona por la que intercedemos empeora.

253. Todo esto con la finalidad de desanimarnos para que no perseveremos. Porque si perseveramos, él sabe que esa persona va a ser salvada; porque Dios es más poderoso que él. También puede *distraernos* con muchas cosas, incluso con cosas buenas pero menos importantes para que no perseveremos en la intercesión y por tanto no se consiga la salvación de esa persona.

254. Todo esto nos lleva a estar conscientes de que estamos en una guerra entre el bien y el mal. Y Dios nos da sus armas pero nosotros tenemos que *decidir* si las tomamos o no. No tomarlas es arriesgar

la salvación personal y la de los demás. Mucho de lo que hemos hablado aquí es respecto a estas armas: los sacramentos, la Palabra de Dios, la oración, etcétera. Pero vale la pena citar a San Pablo, que recoge mucho de esto y amplía el tema:

"Por lo demás, fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder. Revestíos de las armas de Dios para poder resistir a las acechanzas del Diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas. Por eso, tomad las armas de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneos firmes. ¡En pie!, pues; ceñida vuestra cintura con la Verdad y revestidos de la Justicia como coraza, calzados los pies con el Celo por el Evangelio de la paz, embrazando siempre el escudo de la Fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del Maligno. Tomad, también, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos" (Efesios 6, 10-18).

255. Se podría hacer toda una meditación sobre este pasaje pero se lo dejamos al lector para que lo realice. Solamente destacar que al final, cuando San Pablo habla de la oración, se hace hincapié en la *perseverancia* de la intercesión y de estar *siempre en oración*. Sin perseverancia y sin constancia no se consiguen las cosas. Veamos lo que la carta de Santiago dice respecto a cuando pedimos algo:

"Pero que la pida con fe, sin vacilar; porque el que vacila es semejante al oleaje del mar, movido por el viento y llevado de una a otra parte. Que no piense recibir cosa alguna del Señor un hombre como éste, un hombre irresoluto e inconstante en todos sus caminos." (Santiago 1, 6-8).

256. Solamente con *constancia* hay fruto; la constancia en la vida espiritual y en hacer su Voluntad. Cuando Jesús explica la parábola del sembrador, que va sembrando la semilla de la Palabra, quien da fruto es el que es constante:

"Lo que cayó en tierra fértil son los que escuchan la Palabra con un corazón bien dispuesto, la retienen, y dan fruto gracias a su constancia" (Lucas 8, 15).

257. Este aspecto nos lleva a entender que no es suficiente ser buenos y decir *Señor, Señor*, sino *hacer*. Hacer la voluntad de Dios significa *acción*, hacer *el bien* que Dios quiere que hagamos. Vamos a ser juzgados en el bien que hicimos, como dice San Juan de la Cruz: "*Al atardecer de la vida, seremos examinados en el amor*", veamos esta cita del evangelio que habla precisamente de *actuar* y *hacer* el bien:

"Entonces dirá el Rey a los de su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme." Entonces los justos le responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?" Y el Rey les dirá: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis." Entonces dirá

también a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis." Entonces dirán también éstos: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?" Y él entonces les responderá: "En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo." E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna. » (Mateo 25, 34-46).

258. No tenemos que perder de vista esta realidad. La cita anterior reviste múltiples maneras de amar al prójimo. Se refiere al bien que hagamos al prójimo tanto en lo material como en lo espiritual. Y sin quitar valor a las necesidades materiales que también hay que atender, lo más importante es la salvación del alma.

259. Las almas tienen hambre y sed de Verdad, que es Jesús mismo, las almas están enfermas en el pecado mortal y necesitan la salud de la gracia, las almas están presas en las cadenas de los vicios, de las adicciones, de las co-dependencias, de las enfermedades emocionales (depresión, coraje, ira, rencores, miedos, etcétera). Necesitan al Salvador que puede darles vida y vida abundante (cfr. Juan 10, 10); hay que llevarles al Salvador que sana, cura y nos lleva a la vida eterna.

260. Al llegar a este punto podemos tener más conciencia de lo que significa *hacer la voluntad de Dios y convertirnos de corazón*. Veamos la cita central de esta pequeña obra con lo que sigue a continuación, teniendo precisamente más conciencia de su significado:

"No todo el que me diga: "Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que *haga la voluntad* de mi Padre celestial. Muchos me dirán aquel Día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?" Y entonces les declararé: "¡Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad!" (Mateo, 7, 21-23).

261. Como se observa, no hacer la voluntad de Dios nos lleva a que Jesús nos *desconozca*; independientemente de lo espectacular que haya sido nuestra actuación en este mundo. Como mencionamos más arriba, seamos de la *familia* de Jesús, cumpliendo la *voluntad* de nuestro Padre celestial:

"Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre." (Mateo 12, 50).